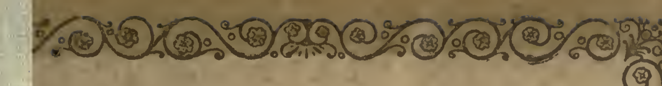


El Abencerraje
Historia del Abencerraje
y la hermosa



VILLEGAS

ABINDARRÁEZ Y JARIFA

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones

MADRID

ABINDARRAEZ Y JARIFA

LAS CIEN MEJORES OBRAS
DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.-VOL. 30

ANTONIO DE VILLEGAS

HISTORIA DEL ABENCERRAJE Y LA HERMOSA JARIFA
Y OTROS CUENTOS

PRÓLOGO DE

GIL BENUMEYA

MADRID
COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES
Don Ramón de la Cruz, 51.



Blass, S. A. - Madrid. - Núñez de Balboa, 21.

PRÓLOGO

La simpática novelilla fronteriza que hoy ofrecemos es la obra más célebre y perfecta del ingenio castellano Antonio de Villegas. Se ignoran los hechos principales de la biografía de este autor. Supónese que nació en Medina del Campo, ciudad donde residió la mayor parte de su vida. Fué discípulo de Castillejo en la poesía, comenzando como ardiente secuaz de la escuela castellana y acabando como partidario no menos ardiente de la italiana, traduciendo e imitando narraciones y fábulas mitológicas de auténtica influencia clásica. El 1565 imprimió una colección de todas sus obras con el título Inventario de Antonio Villegas, dirigido a la Magestad Real del Rey Don Felipe *(Medina del Campo, 1565, y una segunda edición en 1577 aumentada). El nombre de Antonio de Villegas hà sido siempre enaltecido y figura en el* Catálogo de Autoridades de la Lengua, *publicado por la Real*

Academia Española. Además de la notable novela del Abencerraje, *publicó Villegas la pastoril* Ausencia y soledad de amor, *en prosa y en verso, muy inferior a la anterior. Murió en fecha incierta.*

* * *

El episodio central de la Historia española es la llamada «Reconquista», complejísimo fenómeno que generalmente se quiere reducir a una lucha incesante entre moros y cristianos, entendiendo que el moro era siempre un hombre infiel y perverso, extranjero y bárbaro, y el cristiano era en cambio el indígena noble y desinteresado que defendía su patria contra el invasor. Pero la Historia es muy diferente, casi opuesta. Como este prólogo sólo tiene por objeto preparar al lector no especializado para la comprensión de esta novela cuyos tipos y costumbres contrastan de manera tan extraña con los corrientes en la guerra de Marruecos, evitaré la erudición y las complicadas demostraciones, limitándome a esbozar un programa muy conciso que puede resumirse con las siguientes afirmaciones:

Primera. Es absolutamente imposible comprender la geografía de España y Portugal sin conocer la geografía de la península berberisca formada por Marruecos, Argelia y Tú-

nez (1). Las dos penínsulas se corresponden exactamente y tienen idénticas flora, fauna y población humana, constituída en ambos lados por la raza ibero-libia o berebere, cuya lengua primitiva fué el chelja. Iberia limita al Norte con Francia, al Sur con el Sahara.

Segunda. La raza libio-ibera, que pertenece al grupo camita, como la etíope y la egipcia, y que es pariente de la semita (árabes, fenicios, hebreos) vió rota su unidad por las invasiones de romanos y bárbaros; Roma latinizó las llanuras en España y Africa, pero no las sierras, que conservaron sus viejos usos y lenguas (hoy se habla ibero en medio Marruecos, y el vasco subsiste). Tras Roma los visigodos, que eran semibárbaros, oprimieron a España, aunque el genio de la iglesia sevillana los contuvo algo. Pero como quisieran completar su dominio de Iberia apoderándose de Marruecos, se encontraron con otra invasión, la árabe musulmana, que los sometió. Entranjeros eran árabes y godos: la primera Reconquista fué unas luchas de unos y otros sobre el pueblo ibero de España y Africa que algunas veces permaneció neutral, y más generalmente aún tomó partido a favor del árabe, al fin y al cabo

---

(1) Véase la "Cartilla del Español en Marruecos", publicada por esta editorial. 2'50 ptas. Autor, A. Benomar.

pariente próximo, mediterráneo y civilizado. (La misma Iglesia sevillana les abrió la puerta.)

Tercera. La cooperación española fué tan intensa que el Imperio Arabe fué desde los Omeyas un Imperio Español donde musulmanes y cristianos vivían juntos y en buena harmonía. Los Omeyas quisieron realizar la unidad nacional a los dos lados del Estrecho de Gibraltar y no pudieron conseguirlo por la oposición de los separatistas de Cataluña, León (muy influído por Francia el primero, muy influído por los godos el segundo), los cabileños del Rif semisalvajes. Andalucía, que considerando a los Omeyas como una dinastía extraña (Siria), se sublevó con Omar Benhafsun. La oposición entre «moros» y «cristianos» empieza bajo la presión de Europa con los cruzados, y de Africa con los almoravides del Sahara, bárbaros seminegros y fanáticos. Los iberos, que no tenían odios religiosos, pues sus luchas eran fenómenos de autonomía regional, acabaron por ser aplastados entre la doble presión exterior.

* * *

Andalucía musulmana y cristianomozárabe fué la que dió el tono a la cultura del Islam Occidental. Lo que llamamos la conquista ára-

be fué en realidad la conquista andaluza, un deseo de predominio de la gran región del Sur, que habiendo recibido la mejor cultura del momento quería transmitirla al resto de Iberia. Los andaluces bajo las dinastías sirias y con su nueva religión seguían siendo andaluces, es decir, iberos, hermanos nuestros, no gente exótica. En el seno del Islam andaluz vivían desde Abderramán III infinitos cristianos andaluces que peleaban contentos bajo las banderas jalifianas. El avance árabe puede llamarse «Andalucismo» y fué una guerra ibera como tantas otras. (Conviene advertir que Andalucía era el país al Sur de la Oretana, con el Reino de Murcia-Alicante, Badajoz, y Ciudad Real, inclusive.)

Poco a poco fueron penetrando en Andalucía las guerrillas del Norte que traían otro nuevo ideal de importación europea: el Imperio absoluto y centralizado a lo romano-germánico, nuevo ideal que barrió al iberista de los andaluces sobre las dos orillas de Gibraltar. Pero el entusiasmo primitivo de Castilla-León se apagaba, empezó a hacerse la guerra con milicias mercenarias y con tropas auxiliares («policías indígenas») de mudéjares y mozárabes andaluces. La pugna interregional de los primeros siglos se convirtió en guerra civil dentro de Andalucía entre dos bandos que servían

ideales extraños de imperialismo del reino de Castilla y panislanismo del reino de Granada ya influido por Oriente. Pero la absoluta identidad de ambos bandos transforma la guerra en un torneo, le da un carácter deportivo y noble desconocido en otros pueblos de aquella época, hidalguía caballeresca absolutamente auténtica que da su principal encanto a la historia de Abindarráez y Jarifa. La preocupación esencial de los romances y novelas fronterizos es altamente significativa; no se trata de conflictos religiosos, raciales, ni políticos; se trata del amor, de resolver conflictos sentimentales, de saber si una mora granadina o africana debía casarse con un cristiano de la Andalucía castellanizada, si un moro andaluz podía casarse con una cristiana del otro lado de la frontera de Granada. Preocupación única y predominante que llega hasta la moderna literatura africana (Mektub, Cárcel de Seda, *etc.) y tiene su gloriosa culminación en dos episodios del* Quijote.

* * *

Para terminar, una advertencia. No hay que confundir al moro andaluz y su guerra noble con el rifeño y el pirata berberisco que lucharon contra España siglos después, con el sectario

de Barbarroja y Abd-el-krim. Estos son kabileños, gente de raza ibera también, pero bárbaros que aún no han recibido la cultura suficiente. En Marruecos, protegido por España, coexisten los dos pueblos ibéricos: 1.º, el moro andaluz o andaluzado, culto, religioso, amigo de España, respetuoso de sus autoridades indígenas, hablando el árabe y viviendo generalmente en las ciudades, las llanuras y las montañas de la provincia de Yebala (zonas de Tetuán, Larache, Tánger, etc.)

2.º El rifeño inculto, fanático, antiguo enemigo de España, no por odio, sino por barbarie, rebelde un día contra sus autoridades, hablando bereber y viviendo en las sierras de la provincia del Rif. Nuestra labor civilizadora consiste en andaluzar al rifeño para que se funda con los restantes moros y sea un factor poderoso de paz y tranquilidad dentro de la cultura y la lengua árabes y de la religión musulmana que es monoteísta, piadosa y de fácil cooperación con el cristianismo a cuyas figuras divinas (N. S. Jesucristo y la Santísima Virgen) reverencia. Basta recordar los estudios islámicos publicados por el sabio sacerdote católico y académico, don Miguel Asín, para comprobar la facilidad de convivir ambas religiones.

* * *

A continuación figura en este tomo una obrita de Juan de Timoneda, célebre poeta y escritor valenciano nacido en 1490 y muerto en fecha incierta, pero posterior a 1597 (edad excesiva pero que parece ser cierta). Desde el 1555 fué librero en Valencia y tuvo imprenta, acaso regentada por Juan Navarro. Durante cuarenta años de su vida se afanó en la publicación de incontables obras de ingenio, de Historia y de erudición, a cuya publicación esmerada dedicó todo su caudal. Compuso preferentemente poesías populares (romances, trovas castellanas y lemosinas), fué incansable demósofo y coleccionador de cuentos populares, y publicó a su costa las obras completas de su amigo Lope de Rueda. Entre sus obras descuellan El Sarao de Amor, El buen aviso, El sobremesa, Tuiiana, *tres libros místicos, dos memorias históricas, el* Dechado de Colores, Enredo de amor, La Rosa Gentil, La Rosa Real, El Truhanesco, *etc., etc. Casi todos son recopilaciones de cuentos, romances, canciones y relatos breves originales o simplemente compilados por él.*

GIL BENUMEYA

HISTORIA DEL ABENCERRAJE Y LA HERMOSA JARIFA

POR

ANTONIO DE VILLEGAS



Dice el cuento, que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera, fué un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria: sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece que cuanto se puede hacer es poco: no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba a morir una vez en toda la vida, le hacían en sus escritos inmortal y le trasladaban a las estrellas. Hizo, pues, este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que después de ganada la villa, le hizo alcaide della, para que, pues había

sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella. Hízole también alcaide de Alora; de suerte que tenía a cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes, y acudiendo siempre a la mayor necesidad. Lo más ordinario residía en Alora, y allí tenía cincuenta escuderos hijosdalgo, a los gajes del rey, para la defensa y seguridad de la fuerza; y este número nunca faltaba, como los inmortales del rey Darío, que en muriendo uno ponía otro en su lugar. Tenían todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacía difícil; y así no dejaban de ofender a sus enemigos y defenderse dellos, y en todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando de cenar, que hacía el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo a todos ellos estas palabras:

—Paréceme, hijosdalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra experiencia en las propias, y se pierde miedo a las ajenas. Y desto no hay para qué yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto,

porque han pasado muchos días que no hemos hecho cosa que nuestros nombres acreciente, y sería yo de dar mala cuenta de mí y de mi oficio, si teniendo a cargo tan virtuosa gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en balde. Paréceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar a entender a nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere.

Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve dellos los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase a buen recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El alcaide les dijo: —Ya podría ser que yendo todos por este camino se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten a vencer, toque uno su cuerno, y a la señal acudirán los otros en su ayuda.

Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno dellos dijo: —Tenéos, compañeros, que o yo me engaño, o viene gente—. Y metiéndose

entre una arboleda que junto al camino se hacía, oyeron ruido; y mirando con más atención vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecía muy bien a caballo. Traía vestida una marlota de carmesí, y un albornoz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado, y labrado en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traía una adarga y cimitarra, y en la cabeza una toca tunecí, que dándole muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venía el moro, mostrando gentil continente, y cantando un cantar que él compuso en la dulce membranza de sus amores, que decía:

"Nascido en Granada,
criado en Cártama,
enamorado en Coín,
frontero de Alora."

Aunque a la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, a todo lo que decía daba buena gracia. Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. El, viéndose

salteado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos los cuatro se apartaron, y el uno le acometió; mas como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dió con él y con su caballo en el suelo. Visto esto, de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte: de manera que ya contra el moro eran tres cristianos, que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vió en gran peligro, porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas, fingiendo que huía, puso las piernas a su caballo, y arremetió al escudero que derribara; y como una ave se colgó de la silla, y le tomó su lanza, con la cual volvió a hacer rostro a sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y dióse tan buena maña que a poco rato tenía de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno y fué a ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrentados de ver que un caballero les duraba tanto, y a él le iba más que la vida en defenderse dellos. A esta hora le dió uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que a no ser el golpe en soslayo se le pasara todo.

El, con rabia de verse herido, volvió por sí, y dióle una lanzada que dió con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

Rodrigo de Narváez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traía mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenía a los cuatro en el suelo, y el otro casi al mismo punto. El le dijo: —Moro, vénte a mí, y si tú me vences, yo te aseguro de lo demás—. Y comenzaron a trabar brava escaramuza; mas como el alcaide venía de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa, que no podía mantenerse; mas, viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dió una lanzada a Rodrigo de Narváez, que a no tomar el golpe en su adarga le hubiera muerto. El, en recebiendo el golpe, arremetió a él, y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él le trabó a brazos, y sacándole de la silla, dió con él en el suelo. Y yendo sobre él, le dijo: —Caballero, date por vencido, si no, matarte he. —Matarme bien podrás—dijo el moro—que en tu poder me tienes; mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció—. El alcaide no paró en el misterio con que se decían estas palabras,

y usando en aquel punto de su acostumbrada virtud, le ayudó a levantar, porque de la herida que le dió el escudero en el muslo, y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída quedó quebrantado, y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas; y hecho esto, le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora.

Y yendo por él adelante hablando en la buena disposición y valentía del moro, él dió un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía que ninguno entendió. Rodrigo de Narváez iba mirando su buen talle y disposición: acordábase de lo que le vió hacer; y parecíale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podía proceder de sola la causa que allí parecía. Y por informarse dél, le dijo:

—Caballero, mirad que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder; porque los más de sus trances están sujetos a la fortuna; y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé agora tan mala. Si sospiráis del dolor de las llagas, a lugar vais do seréis bien curado; si os duele la pri-

sión, jornadas son de guerra a que están sujetos cuantos la siguen. Y si tenéis otro dolor secreto, fiadle de mí, que yo os prometo como hijodalgo de hacer, por remediarle, lo que en mí fuere.

El moro, levantando el rostro, que en el suelo tenía, le dijo: —¿Cómo os llamáis, caballero, que tanto sentimiento mostráis de mi mal?

El le dijo: —A mí llaman Rodrigo de Narváez, soy alcaide de Antequera y Alora.

El moro, tornando el semblante algo alegre, le dijo: —Por cierto agora pierdo parte de mi queja; pues ya que mi fortuna me fué adversa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os vi sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud, y experiencia de vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y también porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos, y hablaros he dos palabras.

El alcaide los hizo apartar, y quedando solos, el moro, arrancando un gran sospiro, le dijo: —Rodrigo de Narváez, alcaide tan nombrado de Alora, está atento a lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna a derribar un corazón de un hombre cautivo: a mí llaman Abindarráez el

Mozo, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oído decir; y aunque me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto: Hubo en Granada un linaje de caballeros, que llamaban los Abencerrajes, que eran la flor de todo aquel reino; porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo, hacían ventaja a todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podía bien decir que en ejercicio de paz y de guerra eran ley de todo el reino.

Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde, ni de mala disposición: no se tenía por Abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna, enemiga de su bien, que desta excelencia cayesen de la manera que oirás. El rey de Granada hizo a dos destos caballeros, los que más valían, un notable e injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos

tuvo, y quísose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y a su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera o falsa, fué descubierta; y por no escandalizar el rey al reino, que tanto los amaba, los hizo a todos una noche degollar; porque a dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofreciéronse al rey grandes rescates por sus vidas; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo a llorarlos: llorábanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron; llorábanlos las damas a quien servían y los caballeros con quienes se acompañaban; y toda la gente común alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos; de manera que si a precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. ¡Ves aquí en lo que acabó tan esclarecido linaje, tan principales caballeros como en él había! ¡Considera cuánto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuán presto le derriba! ¡cuánto tarda en crecer un árbol y cuán presto va al fuego! ¡con cuánta dificultad se edifica una casa, y con cuánta brevedad se quema! ¡cuántos

podrían escarmentar en las cabezas destos desdichados, pues tan sin culpa padecieron con público pregón, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo rey! Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó deste infelice caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocentes deste delito, a condición que los hijos que les naciesen enviasen a criar fuera de la ciudad, para que no volviesen a ella, y las hijas casasen fuera del reino.

Rodrigo de Narváez, que estaba mirando con cuánta pasión le contaba su desdicha, le dijo:

—Por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazón que a los Abencerrajes se hizo fué grande; porque no es de creer que, siendo ellos tales, cometiesen traición.

—Es como yo lo digo—dijo él—; y aguardad más y veréis cómo desde allí todos los Abencerrajes deprendimos a ser desdichados. Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del rey, envióme a Cártama, al alcaide que en ella estaba, con quien tenía estrecha amistad. Este tenía una hija, casi de mi edad, a quien amaba más que a sí; porque, allende

de ser sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto. Esta y yo en nuestra niñez siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar: nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos: juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos. Naciónos desta conformidad un natural amor, que fué siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdome que, entrando una siesta en la huerta que dicen de los Jazmines, la hallé sentada junto a la fuente, componiendo su hermosa cabeza: miréla vencido de su hermosura, y parecióme a Salmacis, y dije entre mí: «¡Oh, quién fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa!» ¡No sé cómo me pesó que fuese mi hermana! Y no aguardando más fuíme a ella; y cuando me vió, con los brazos abiertos me salió a recebir, y sentándome junto a sí me dijo:

—Hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola?

Yo la respondí:

—Señora mía, porque ha gran rato que os busco; nunca hallé quien me dijese do estábades, hasta que mi corazón me lo dijo; mas decidme agora: ¿qué certenidad tenéis vos de que seamos hermanos?

—Yo—dijo ella—no otra más del grande

amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos.

—Y si no lo fuéramos—dije yo—, ¿quisiérasme tanto?

—¿No ves—dijo ella—que a no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos?

—Pues si ese bien me habían de quitar —dije yo—más quiero el mal que tengo.

Entonces ella, encendido su hermoso rostro en color, me dijo:

—¿Y qué pierdes tú en que seamos hermanos?

—Pierdo a mí y a vos—dije yo.

—Yo no te entiendo—dijo ella—; mas a mí me parece que sólo serlo nos obliga a amarnos naturalmente.

—A mí sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfría algunas veces. Y con esto, bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, vila en las aguas de la fuente al propio, como ella era; de suerte que dondequiera que volvía la cabeza hallaba su imagen, y en mis entrañas la más verdadera.—Y decíame yo a mí mismo, (y pesárame que alguno me lo oyera): «Si yo me anegase agora en esta fuente donde veo a mi señora, ¡cuánto más disculpado moriría yo que Narciso! Y si ella me amase

como yo la amo, ¡qué dichoso sería yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mía!» Diciendo esto, levantéme, y volviendo las manos a unos jazmines, de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán, hice una hermosa guirnalda y poniéndola sobre mi cabeza me volví a ella coronado y vencido.

Ella puso los ojos en mí (a mi parecer), más dulcemente que solía, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto más hermosa que Venus cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro a mí, me dijo:

—¿Qué te parece agora de mí, Abindarráez?

Yo la dije:

—Paréceme que acabáis de vencer al mundo, y que os coronan por reina y señora dél.

Levantándose, me tomó por la mano y me dijo:

—Si eso fuera, hermano, no perdiérades vos nada.

Yo, sin la responder, la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela; que como fuimos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos

hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo; mas yo nunca mayor contentamiento recebí, aunque después acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se comenzó a dañar y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que excusar; porque al principio destos amores fué un gusto y deleite fundado sobre bien; mas después no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha a medida de la suya. Todo lo que no veía en ella me parecía feo, excusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada, porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oirás.

El rey de Granada, por mejorar en cargo al alcaide de Cártama, envióle a mandar que

luego dejase aquella fuerza y se fuese a Coín (que es aquel lugar frontero del vuestro), y que me dejase a mí en Cártama en poder del alcaide que a ella viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algún tiempo fuistes enamorado) lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto a llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba señora mía, alma mía, sólo bien mío y otros dulces nombres que el amor me enseñaba; —Apartándose vuestra hermosura de mí, ¿ternéis alguna vez memoria deste vuestro captivo? —Aquí las lágrimas y sospiros atajaban las palabras. Yo, esforzándome para decir más, malparía algunas razones turbadas, de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria consigo. ¡Pues quién os contase las lástimas que ella hacía, aunque a mí siempre me parecían pocas! Decíame mil dulces palabras, que hasta agora me suenan en las orejas; y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un sospiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vió en tanta necesidad y con señales de muerto, me dijo:

—Abindarráez, a mí se me sale el alma en apartándome de ti; y porque siento de

ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte: tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio desto, llegada a Coín, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte, o por ausencia, o por indisposición suya (que ya deseo), yo te avisaré: irás donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo: que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo consentirían; que todo lo demás muchos días ha que es tuyo—. Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometía.

Ellos se partieron otro día, yo quedé como quien caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol: comencé a sentir su ausencia ásperamente, buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza que me dió de llamarme me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque algunas veces, de verla alargar tanto me causaba mayor pena, y holgara que me dejara del todo desesperado, porque la desespera-

ción fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo.

Quiso mi ventura que esta mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome a llamar con una criada suya, de quien se fiaba; porque su padre era partido para Granada, llamado del rey para volver luego. Yo, resucitado con esta buena nueva, apercibíme, y dejando venir la noche por salir más secreto, púseme en el hábito que me encontrastes, por mostrar a mi señora el alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastaran cien caballeros juntos a tenerme campo, porque traía mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fué por esfuerzo (que no es posible), sino porque mi corta suerte, o la determinación del cielo, quisieron atajarme tanto bien. Así que, considera tú ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí y el mal que tengo. Yo iba de Cártama a Coín, breve jornada (aunque el deseo la alargaba mucho), el más ufano Abencerraje que nunca se vió: iba llamado de mi señora a ver a mi señora, a gozar de mi señora y a casarme con mi señora. Véome ahora herido, cautivo y vencido, y lo que más siento, que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame, pues, cristiano, consolar entre mis sospiros, y no los juzgues a flaqueza;

pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

Rodrigo de Narváez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro; y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podría dañar más que la dilación, le dijo:

—Abindarráez, quiero que veas que puede más mi virtud que tu ruin fortuna. Si tú me prometes como caballero de volver a mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaría de atajarte tan buena empresa.

El moro, cuando lo oyó, se quiso de contento echar a sus pies, y le dijo:

—Rodrigo de Narváez, si vos esto hacéis, habréis hecho la mayor gentileza de corazón que nunca hombre hizo, y a mí me daréis la vida; y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré.

El alcaide llamó a sus escuderos, y les dijo:

—Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate.

Ellos dijeron que ordenase a su voluntad, y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo:

—¿Vos prometéisme como caballero de volver a mi castillo de Alora a ser mi prisionero dentro de tercero día?

El le dijo:

—Sí, prometo.

—Pues id con la buenaventura, y si para vuestro negocio tenéis necesidad de mi persona, y de otra cosa alguna, también se hará.

Y diciendo que se lo agradecía, se fué camino de Coín a mucha priesa.

Rodrigo de Narváez y sus escuderos se volvieron a Alora, hablando en la valentía y buena manera del moro. Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar a Coín. Yéndose derecho a la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella había, y deteniéndose allí, comenzó a reconocer el campo, por ver si había algo de qué guardarse, y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza, que esta era la señal que le había dado la dueña. Luego ella misma le abrió, y le dijo:

—¿En qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusión? Mi señora ha rato que os espera: apeáos, y subiréis donde está.

El se apeó y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo más paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por

una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella, que ya había sentido su venida, con los brazos abiertos le salió a recebir; ambos se abrazaron sin hablarse palabra, del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo:

—¿En qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto?

—Mi señora—dijo él—, vos sabéis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean.

Ella le tomó por la mano y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella había, le dijo:

—He querido, Abindarráez, que veais en cuál manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque, desde el día que os la dí por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla: yo os mandé venir a este mi castillo a ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto, según entiendo, será muy contra su voluntad: que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor, y experiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido más rico;

mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo. Y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto.

El moro la tomó entre sus brazos y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacía, la dijo:

—Señora mía, en pago de tanto bien como me habéis ofrecido, no tengo qué daros, que no sea vuestro, sino sola esta prenda, en señal que os recibo por mi señora y esposa— y llamando a la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron más el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son más para contemplación que para escritura. Tras esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse dél dió un gran sospiro. La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió a sí, y le dijo:

—¿Qué es esto, Abindarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oigo sospirar revolviendo el cuerpo a todas partes; pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, como me decías, ¿por quién sospi-

ras? Y si no lo soy, ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas; y si sirves otra dama, díme quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que o yo moriré o te libraré dél.

El Abencerraje, corrido de lo que había hecho, y pareciéndole que no declararse era ocasión de gran sospecha, con un apasionado sospiro, dijo:

—Señora mía, si yo no os quisiera más que a mí, no hubiera hecho este sentimiento; porque el pesar que conmigo traía sufríale con buen ánimo cuando iba por mí sólo; mas agora, que me obliga a apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrirle; y así entenderéis que mis sospiros se causan más de sobra de lealtad que de falta della; y porque no estéis más suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa.—Luego le contó todo lo que había sucedido, y al cabo la dijo:

—De suerte, señora, que vuestro cautivo lo es también del alcaide de Alora: yo no siento la pena de la prisión, que vos enseñasteis mi corazón a sufrir; mas vivir sin vos tendría por la misma muerte.

La dama, con buen semblante, le dijo:

—No te congojes, Abindarráez, que yo

tomo el remedio de tu rescate a mi cargo; porque a mí me cumple más; yo digo así, que cualquier caballero que diere la palabra de volver a la prisión, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisiéredes, que yo tengo las llaves de la riqueza de mi padre, y yo os las pondré en vuestro poder: enviad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen caballero, y os dió una vez libertad, y le fiaste este negocio, que le obliga agora a usar de mayor virtud: yo creo que se contentará con esto, pues teniéndoos en su poder ha de hacer lo mismo.

El Abencerraje le respondió:

—Bien parece, señora mía, que lo mucho que me queréis no os deja que me aconsejéis bien: por cierto no caeré yo en tan gran yerro; porque, si cuando venía a verme con vos, que iba por mí sólo, estaba obligado a cumplir mi palabra, agora que soy vuestro se me ha doblado la obligación. Yo volveré a Alora y me porné en las manos del alcaide della, y tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere.

—Pues nunca Dios quiera—dijo Jarifa—que yendo vos a ser preso quede yo libre: pues no lo soy yo, quiero acompañaros en

esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado a mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa.

El moro, llorando de contentamiento, la abrazó y le dijo:

—Siempre vais, señora mía, acrecentándome las mercedes; hágase lo que vos quisiéredes, que así lo quiero yo.

Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro día de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo; la dama le preguntó dónde iba, él la dijo:

—Voy a Alora a negocios que tengo con el alcaide della, que es el más honrado y virtuoso caballero que yo jamás vi.

Jarifa se holgó mucho de oir esto, pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que también la hallarían ellos, que tan necesitados estaban della. Y volviendo al caminante, le dijo:

—Decid, hermano, ¿sabéis vos dese caballero alguna cosa que haya hecho notable?

—Muchas sé—dijo él—, mas contaros he una por donde entenderéis todas las demás. Este caballero fué primero alcaide de Ante-

Sparrowhawk gavilán

quera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar; y aunque ella conocía el valor deste caballero, amaba a su marido tanto, que hacía poco caso dél. Aconteció así, que un día de verano, acabando de comer, ella y su marido se bajaron a una huerta que tenían dentro de casa, y él llevaba un gavilán en la mano, y lanzándole a unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse a acoger a una zarza; y el gavilán, como astuto, tirando el cuerpo afuera, metió la mano y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó y volvió a la dama, y la dijo:

—¿Qué os parece, señora, de la astucia con que el gavilán encerró los pájaros y los mató? Pues hágoos saber, que cuando el alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue, y así los mata.

Ella, fingiendo no le conocer, le preguntó quién era.

—Es el más valiente y virtuoso caballero que yo hasta hoy vi; y comenzó a hablar dél muy altamente, tanto que a la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo:

—¡Pues cómo, los hombres están enamorados deste caballero, y que no lo esté yo dél, estándolo él de mí! Por cierto yo estaré

bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho.

Otro día adelante se ofreció que el marido fué fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle a llamar con una criada suya. Rodrigo de Narváez estuvo en poco de tornarse loco de placer aunque no dió crédito a ello, acordándose de la aspereza con que siempre le había tratado; mas con todo eso, a la hora concertada, muy a recaudo, fué a ver la dama que le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que había hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir a aquel de quien tanto tiempo había sido requerida. Pensaba también en la forma que descubre todas las cosas; temía la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla más, y pasando por todos ellos le recebió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin dellas, le dijo:

—Señor Rodrigo de Narváez, yo soy vuestra de aquí adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcáis a mí; que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas o verdaderas, os aprovecharán poco conmigo; mas agradecedlo a mi

marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado que agora estoy.

Tras esto le contó cuanto con su marido había pasado, y al cabo le dijo:

—Y cierto, señor, vos debéis a mi marido más que él a vos.

Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narváez, que le causaron confusión y arrepentimiento del mal que hacía a quien dél decía tantos bienes; y apartándose afuera, dijo:

—Por cierto, señora, yo os quiero mucho y os querré de aquí adelante; mas nunca Dios quiera que a hombre que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño; antes de hoy más he de procurar la honra de vuestro marido, como la mía propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo. Y sin aguardar más, se volvió por donde había venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, a mi parecer, usó de gran virtud y valentía, pues venció su misma voluntad.

El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento; y alabándole mucho, él dijo que nunca mayor virtud había visto de hombre. Ella respondió:

—Por Dios, señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso; mas él debía estar poco ena-

morado, pues tan presto se salió afuera y pudo más con él la honra del marido que la hermosura de la mujer. Y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras.

Luego, llegaron a la fortaleza, y llamando a la puerta, fué abierta por los guardas, que ya tenían noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo a llamar al alcaide, le dijo:

—Señor, en el castillo está el moro que venciste y trae consigo una gentil dama.

Al alcaide le dió el corazón lo que podía ser, y bajó abajo. El Abencerraje, tomando a su esposa de la mano, se fué a él y le dijo:

—Rodrigo de Narváez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos; ves aquí mi señora; juzga si he padecido con justa causa; recíbenos por tuyos, que yo fío mi señora y mi honra de ti.

Rodrigo de Narváez holgó mucho de verlos, y dijo a la dama:

—Yo no sé cuál de vosotros debe más al otro, mas yo debo mucho a los dos. Entrad y reposaréis en esta vuestra casa, y tenedla de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño.

Y con esto se fueron a un aposento que les estaba aparejado, y de ahí a poco comie-

ron, porque venían cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje:

—Señor, ¿qué tal venís de las heridas?

—Paréceme, señor, que con el camino las traigo enconadas, y con algún dolor.

La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo:

—¿Qué es esto, señor? ¿heridas tenéis vos de que yo no sepa?

—Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras; verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas, y el camino y no haberme curado me habrán hecho algún daño.

—Bien será—dijo el alcaide—que os acostéis y verná un zurujano que hay en el castillo.

Luego la hermosa Jarifa le comenzó a desnudar con grande alteración, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y con un ungüento que le puso le quitó el dolor; y de ahí a tres días estuvo sano.

Un día acaeció que acabando de comer, el Abencerraje, dijo estas palabras:

—Rodrigo de Narváez: según eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demás: yo tengo esperanza que este negocio, que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora

y mi esposa. No quiso quedar en Coín, de miedo de haber ofendido a su padre; todavía se teme deste caso; bien sé que por tu virtud te ama el rey, aunque eres cristiano; suplícote alcances dél que nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino.

El alcaide les dijo:

—Consoláos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere— y tomando tinta y papel escribió una carta al rey, que decía así:

Carta de Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, para el rey de Granada.

«Muy alto y muy poderoso rey de Granada: Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos, y digo así: que el Abencerraje Abindarráez el mozo, que nació en Granada y se crió en Cártama, en poder del alcaide della, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija; después tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste a Coín; los enamorados, por asegurarse, se desposaron entre sí, y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo a su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero; y con-

tándome su caso, apiadándome dél le hice libre por dos días. El se fué a ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amiga. Viendo ella que el Abencerraje volvía a mi prisión, se vino con él, y así están agora los dos en mi poder. Suplícote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que este y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio dello viven. Suplico a tu real Alteza, que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí: yo les perdonaré el rescate y los soltaré graciosamente; sólo harás tú que el padre della los perdone y reciba en su gracia; y en esto cumplirás con tu grandeza y harás lo que della siempre esperé.»

Escripta la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el rey, se la dió: el cual, sabiendo cúya era, se holgó mucho, que a este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcaide de Coín, que allí estaba, y llamándole aparte le dijo:

—Lee esta carta, que es del alcaide de Alora—. Y leyéndola recebió grande alteración.

El rey le dijo:

—No te congojes, aunque tengas por qué;

sábete que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que yo no lo haga; y así te mando que vayas luego a Alora y te veas con él, y perdones tus hijos, y los lleves a tu casa, que en pago deste servicio, a ellos y a ti haré siempre merced—. El moro lo sintió en el alma; mas viendo que no podía pasar el mandato del rey, volvió de buen continente, y dijo que así lo haría como su Alteza lo mandaba; y luego se partió a Alora, donde ya sabían del escudero todo lo que había pasado, y fué de todos recebido con mucho regocijo y alegría.

El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza y le besaron las manos. El los recibió muy bien, y les dijo:

—No se trata aquí de cosas pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demás, vos, hija, escogisteis mejor marido que yo os pudiera dar—. El alcaide todos aquellos días les hacía muchas fiestas; y una noche, acabando de cenar en un jardín, les dijo:

—Yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido a tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer más contento; y así digo, que sólo la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por rescate de la prisión. De hoy más, vos,

señor Abindarráez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisiéredes—. Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacía, y otro día por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el alcaide parte del camino.

Estando ya en Coín gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habían deseado, el padre les dijo:

—Hijos; agora, que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostréis el agradecimiento que a Rodrigo de Narváez se debe por la buena obra que os hizo; que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate: antes le merece muy mayor; yo os quiero dar seis mil doblas zahenes; enviádselas y tenedle de aquí adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes. Abindarráez le besó las manos; y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro adargas, las envió al alcaide de Alora, y le escribió así:

Carta del Abencerraje Abindarráez al alcaide de Alora.

«Si piensas, Rodrigo de Narváez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al

mío me dejaste libre, engáñastete; que cuando libertaste mi cuerpo prendiste mi corazón. Las buenas obras prisiones son de los nobles corazones; y si tú por alcanzar honra y fama acostumbras hacer bien a los que podrías destruir, yo, por parecer a aquellos donde vengo, y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes coger y meter en mis venas toda la que dellos se vertió, estoy obligado a agradecerlo y servirlo: recebirás en ese breve presente la voluntad de quien le envía, que es muy grande, y de mi Jarifa otra tan limpia y leal, que me contento yo della.»

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente, y recebiendo dél los caballos, lanzas y adargas, escribió a Jarifa así:

Carta del alcaide de Alora a la hermosa Jarifa.

«Hermosa Jarifa: No ha querido Abindarráez dejarme gozar el verdadero triunfo de su prisión, que consiste en perdonar y hacer bien; y como a mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa, ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar della una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas recibo

yo, para ayudarle a defender de sus enemigos; y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en recebirlo yo pareciera cobdicioso mercader. Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hecistes en serviros de mí en mi castillo; y también, señora, yo no acostumbro a robar damas, sino servirlas y honrarlas.»

Y con esto les volvió a enviar las doblas. Jarifa las recebió y dijo:

—Quien pensare vencer a Rodrigo de Narváez en armas y cortesía, pensará mal.

Desta manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos, y trabados con estrecha amistad, que les duró toda la vida.

PRIMERA PARTE

DEL

SOBREMESA Y ALIVIO DE CAMINANTES

En el cual se contienen muy apacibles y graciosos cuentos y dichos muy facetos.



Cuento primero

Un tamborinero tenía una mujer tan contraria a su opinión, que nunca cosa que le rogaba podía acabar con ella que la hiciese. Una vez, yendo de un lugar para otro, porque había de tañer en unos desposorios, y ella caballera en un asno con su tamborino encima, al pasar de un río, díjole:

—Mujer, cantad; no tangais en tamborino, que se espantará el asno.

Como si dijera táñelo, en ser en el río sonó el tamborino, y el asno, espantándose, púsose en el fondo, y echó vuestra mujer al río; y él por bien que quiso ayudalle no tuvo remedio. Viendo que se había ahogado, fuéla a buscar río arriba. Díjole uno que estaba mirando:

—Buen hombre, ¿qué buscáis?

Respondió.

—Mi mujer, que se es ahogada.

—Señor, ¿y al contrario la habéis de buscar?

—Sí, señor; porque mi mujer siempre fué contraria a mis opiniones.

Cuento II

A un aldeano de Murcia, trocábanle cierta heredad, que tenía a la orilla del río, con otra que estaba dentro de un cercado. La mujer rogábale que lo hiciese, y el aldeano nunca quiso conceder a sus ruegos. En este intermedio vino el río tan grande que hubieron de huir de la heredad; y sobre todas las lástimas que dijo la mujer fué ésta:

—Dios os lo perdone, marido, el no querer trocar la tierra.

Cuento III

Habiéndole cabido en suerte a un honrado marido de casarse con una viuda mal domada, y él le diese del pan y del palo, ella fuése a quejarse a sus parientes. Los parientes reprendiendo al marido, que no había de tratar así a su mujer, sino castigarla con buenas palabras, ofreciéndoles que así lo haría, la

destrabada viuda regíase muy peor. El buen mancebo, por no quebrar su promesa tomó un palo y escribió a la una parte estas palabrar: *Pater noster*, y en la otra *Ave María*; y como ella se desmandase, dióle con él. Volviéndose a quejar y venidos los parientes, dijéronle que muy mal había cumplido su palabra. Respondió el mancebo:

—Antes señores, he cumplido lo que me mandasteis, que no la he castigado sino con buenas palabras; pero leed lo que en este palo está escrito.

Viendo su agudeza, no tuvieron qué responder sino volverse a sus casas.

CUENTO IV

Viendo un labrador que en una higuera que tenía en su heredad se habían desesperado en ella, por discurso de tiempo, algunos hombres, teniéndolo por mal agüero determinó de cortalla; pero antes desto, presumiendo de gracioso, hizo hacer un pregón por la ciudad, que si alguno había que se quisiese ahorcar en su higuera, que se determinase dentro de tres días, porque la quería cortar de su campo.

Cuento V

Encontrando un día el autor un amigo suyo en el mercado, y como era por la mañana que atravesaban muchas bestias por él, le dijo:

—Señor, desempachad de compras, que van muchas bestias por el marcado.

Entonces el autor se paró diciendo:

—No haré por cierto, porque yo parado sé que estoy agora.

Cuento VI

Vingué a Valencia un chocarrero fingint que sabia de alchimia, lo cual posá cartells, que al qui le donaria un ducat en or, ne tornaria dos; y al qui dos, cuatre; y al qui tres, sis: en sí tos-temps al doble. La gent per probarlo acudia en pochs ducats, y él devants ells posava la cantitat de cada hu en la cresola de terra, escrivint lo nom de quills portava en un paperet posat dins ella, y de allí a poches dies los tornava dobles. Cebantlos de esta manera, acudirent molts ab grosa cantitad y él desaparegué ab mes de mil ducats. Venint los burlats a regonexer las cre-

soles trovárenles vuides, ab escrits que deyen: «Casas con dol ab son cresol.» Y de llavós ensá ha restat est refrani entre la gent.

Cuento VII

Estando un gentilhombre en conversación de muchas cortesanas, hubo una que por tratalle de mísero le pidió de merced que le prestase medio cuarto. El gentilhombre, conosciendo su malicia, y por asentalla en el grado que merescía, dijo:

—Medio, no, señora; pero tome uno, y quedarán pagados los cuatro.

Cuento VIII

Oyendo muchos estudiantes el curso de lógica, entró uno dellos, y no hallando lugar do asentarse, por ser grande en dos maneras, allegóse a otro menor diciendo que le hiciese lugar. El otro no queriendo, asióle del brazo y quitóle donde estaba, y asentóse diciendo: *Sede majori*. El menor alzó de presto la mano diciendo: *Parce minori*.

Cuento IX

Un chacotero que por hablar demasiadamente y burlarse de todos, llevaba un Dios nos libre aposentado en su rostro, encontrándose con un tuerto en el mercado de Valencia, y por burlarse dél le dijo:

—¿Qué es la causa, hermano, que tan de mañana habéis caminado veinte y cuatro leguas?

Respondióle de presto:

—Por haberme embarcado en vuestro bergantín.

Cuento X

Un mochacho, que su madre tenía fama de hacer placer y pasar la deshonesta vida, tiraba piedras hacia unos gentileshombres que estaban parados al sol, por ser de invierno, al cual por vello tan mal criado, dijo el uno dellos:

—Está quedo, rapaz, que por dicha darás a tu padre.

Cuento XI

En el tiempo que Roma florescía, floreścieron tres cortesanas, dichas Laida, Lamia

y Flor. A Laida vino a ver una vez el filósofo Demóstenes desde Grecia o Corinto, por si era tan hermosa como lo habían notificado; y queriendo revolverse con ella, pidióle tan gran cantidad, que le respondió riyendo:

—Perdóname, Laida: no permitan los dioses que compre tan caro el arrepentimiento.

¡Extraño dicho, si el día de hoy se notase!

CUENTO XII

De Lamia se dice que vino otro filósofo de Atenas para solamente vella y no para con ella ajuntarse, sino por ver si la podía apartar del mal camino que llevaba. Y viniendo a conversación con ella y contenta de hacer con él que fingidamente le había recuestado, entráronse en un rico aposento que tenía. A lo cual dijo el filósofo que otro más escondido quería. Ella entonces metióle en otro que tenía, diciéndole:

—Cata aquí lugar que no nos puede ver sino Dios.

Respondió el filósofo:

—¿Dios? ¡Tanto que peor! Perdona, Lamia, que yo no haré un pecado tan sucio delante de Dios.

Si tal consideraran los cristianos del día de hoy, no pecarían tan a rienda suelta.

Cuento XIII

De Flor se cuenta que, aunque mala, era muy honestísima, y sabía tanto, que preguntándole una mujer que tenía una hija, qué le enseñaría para que fuese buena, respondió:

—Si quieres que tu hija sea buena, enséñale desde niña que tenga temor de salir de casa, y vergüenza de hablar.

Preguntóle otra qué haría con una hija que tenía que se le comenzaba a levantar y a enamorar. Respondió:

—El remedio para la moza alterada y liviana es no la dejar ociosa ni consentirle que ande bien vestida.

Preguntóle un hombre casado, que cuándo se allegaría a su mujer. Respondió:

—Cuando querrás ser menos de lo que eres.

Y más, en qué tiempo era bueno, respondió:

—Para el marido, siempre; para los extraños en ninguno.

Cuento XIV

Cierto filósofo pobre, gentílico, por enseñar a pedir limosna a un hijo que tenía, algunos días llevábalo a las estatuas de piedra, y hacía que les pidiese con el bonete en la mano, y a cabo de rato, como no le respondiesen, volvía las espaldas. Visto esto por un ciudadano, preguntóle que por qué hacía aquello. Respondió:

—Porque aprenda a tener paciencia, la cual ha de ser naturalmente de los pobres.

Cuento XV

Estando en corrillos ciertos hidalgotes, vieron venir a caballo a un pastor con su borriquilla, y tomándolo en medio por burlarse dél, dijéronle:

—¿Qué es lo que guardáis, hermano?

El pastor, siendo avisado, respondióles:

—Cabrones guardo, señores.

Dijéronle:

—¿Y sabéis silbar?

Diciendo que sí, importunáronle que silbase, por ver qué silbo tenía. Ya que hubo silbado dijo el uno dellos:

—Qué, ¿no tenéis más recio silbo que ese?

Respondió:

—Sí, señores; pero este abasta para los cabrones que me oyen.

Cuento XVI

Habiendo perdido cierto gentilhombre gran cantidad de dinero a primera de Alemaña, levantándose muy airado de la mesa, y desenvainando de su espada, dijo:

—¿No hay ninguno que se mate conmigo?

Como todo hombre callase, a cabo de rato, por ser muy gran noche, asentóse en una silla, do luego fué adormido. Después, levantándose otro desesperado, porque también había perdido, y desenvainando su espada, dijo:

¿Quién es el que buscaba que me matase con él? Salga, si es hombre de su palabra.

Como el otro se hubiese despertado y lo oyese, respondióle tomándole por la mano:

—Hermano, dormid un poco sobre ese negocio, como yo, que después hablaremos.

Cuento XVII

Vino un gentilhombre de la corte a posar en una venta, que la ventera era viuda, la

cual tenía una hija de quince años, y como fuese en invierno, ya después de haber cenado, estándose todos calentándose alrededor del fuego, dijo la ventera:

—¿Qué hay de nuevo en la corte, señor?

El gentilhombre, por reirse, le respondió:

—Lo que hay de nuevo, señora, es que ha mandado su majestad, por falta que hay de gente para la guerra, que las mujeres ancianas casen con mancebos, y las mozas con hombres ancianos.

—¡Ay!—dijo la hija—, en verdad, señor, que su majestad no hace lo que debe, ni paresce bien ese mandamiento.

Respondió la ventera:

—Calla, rapaza, no digas eso; que lo que su majestad manda está bien mandado, y parescerá bien a todo el mundo; y Dios le alargue la vida.

Cuento XVIII

Comprado que hubo un notario a cierto labrador una carga de leña, descargándola en su casa, a la revuelta della estaba una azada; y como la viese el notario, dijo:

—Buen hombre, sobre esta carga de leña veo gran pleito.

Respondió el leñador:

—¿De qué suerte?

Dijo el notario.

—De suerte que os he comprado la carga así como estaba, y no podéis quitar el azada.

Respondió el labrador:

—En fin, qué, ¿decís que hay pleito?

—Sí lo hay—dijo el notario—viste que lo hay.

—¿Vayan diez reales que no me la podéis poner a pleito?

—Vayan—dijo el notario.

—Idos son—dijo el labrador—: ¿qué dice vuesa merced?

—Lo que digo es que por cuanto os he comprado la carga, es mía la azada y todo.

—¿Vuestra?—respondió el labrador—: séalo mucho enhorabuena; llévesela. Ya ve como no hay pleito y son mías las apuestas, y sé más que vos.»

Cuento XIX

A un cierto viejo corríanle los mochachos sobre cierta cosa que le decían. El cual astutamente, por desviar que los mochachos no se la dijesen, compró confites, y topando con los que se la decían, y los que no se acordaban dello dábales confites diciendo:

—Mochachos, tomad, porque me digáis eso que me soléis decir.

De allí adelante no les quiso dar más, y como los topaba decía:

—Mochachos, ¿por qué no me decís lo que solíades?

—No diremos si no nos dais confites: ¿pensáis que somos bobos?

Y desta suerte hizo callar los mochachos de lo que tanto se corría.

Cuento XX

Viviendo marido y mujer como perro y gato, a causa de haberse casado contra su voluntad, viniendo un día a tal extremo que el marido la hubo de abofetear, y como ella supiese que días pasados había muerto un vecino suyo, sin haber sentimiento dello, empezó a desentonarse diciendo:

—A este traidor no hay justicia que le castigue, que piensa matarme así como a Fulano.

No faltó quien lo sintiese, que luego fué acusado, y según sus confesiones condenado que lo ahorcasen. Ya que lo llevaban a ahorcar, soplicó que lo dejasen hablar con su mujer. Venida, y parándose en el camino,

por el deseo que tenía la buena mujer de ver el fin de sus días, le dijo:

—Marido, ¿para qué os paráis? Andando y hablando; no perdamos tiempo.

Cuento XXI

Estando un vecino en casa de un compadre suyo para ampararle un ducado, que tenía grandísima necesidad dél, y viendo que estaba recostado en una silla medio durmiendo, por ver si estaba despierto o no, dijo

—Compadre, hacedme placer de dejar un escudo, si no dormís.

Respondió:

—Duermo.

—¿Pues quién me responde?

Replicó:

—Vuestro descuido y mi provecho, pues no me volvisteis otro que el otro día os presté.

Cuento XXII

Un rústico labrador, deseoso de ver al rey, pensando que era más que hombre, despidióse de su amo pidiéndole su soldada. El cual, yendo a la corte, con el largo camino,

acabáronsele las blanquillas. Allegado a la corte y visto el rey, viendo que era hombre como él, dijo:

—¡Oh, pésete a la puta que no me parió, que por ver a un hombre he gastado todo lo que tenía, que no me queda sino medio real en mi poder!

Y del enojo que tomó le empezó a doler una muela, y con la pasión de la hambre que le aquejaba no sabía qué remedio se tomase, porque decía:

—Si yo me saco la muela, y doy este medio real, quedaré muerto de hambre; si me como el medio real, dolerme ha la muela.

Con esta contienda arrimóse a la tabla de un pastelero, por írsele los ojos tras los pasteles que sacaba. Y acaso vinieron a pasar por allí dos lacayos, y como le vieron tan embebecido en los pasteles, por burlarse dél dijéronle:

—Villano, ¿qué? ¿tántos pasteles te atreverías a comer de una comida?

—Pardiez que me comiese quinientos.

Dijeron:

—¡Quinientos! Líbrenos Dios del diablo.

Replicó:

—¡De poco se espantan vuesas mercedes!

Ellos que no, y él que sí, dijeron:

—¿Qué apostaréis?

—¿Qué, señores? Que si no me los comiese, que me saquéis ésta primera muela: el cual señaló la que le dolía.

Contentos, el villano empezó a jugar de diente la hambre que tenía muy a sabor. Ya que estuvo harto, paró y dijo:

—He perdido, señores.

Los otros muy regocijados y chacoteando llamaron a un barbero y se la sacaron, aunque el villano fingidamente hacía grandes extremos; y por más burlarse dél decían:

—¿Habéis visto este necio de villano, que por hartarse de pasteles se dejó sacar una muela?

Respondió él:

—Mayor necedad es la vuestra, que me habéis muerto la hambre y sacado una muela que toda esta mañana me dolía.

En oir esto, los que estaban presentes tomáronse a reír de la burla que el villano les había hecho y los lacayos pagaron, y de afrentados volvieron las espaldas y se fueron.

Cuento XXIII

Allegándose a la ciudad de Sevilla un vizcaíno y más que hidalgo, con su paje detrás y escobilla y lodo, paseándose por ella, en-

contró con un grande amigo suyo, el cual le convidó a comer. Sirviéndole a la mesa con escudilla y cuchareta de plata, ya después de haber comido, saliéndose de la posada, díjole el paje:

—A buena fe, señor, ¡mucha honra tienes hecho este tu amigo!

—¿Qué honra ha hecho, rapaz?

—¿Qué honra? Comer con cuchara de plata...

—¿Deso se espanta, villano? De terciopelo las merecía yo.

Cuento XXIV

Preguntó un mercader a un corredor de oreja:

—Fulano, ¿qué hay de nuevo en la lonja?

Respondió:

—Ninguna cosa hay, señor.

Y habiéndoselo preguntado por diversas veces, y él siempre acudiendo que no había nada que contar, suplicóle un día que le contase alguna mentira. Respondió:

—¡Mentira, señor! ¿Quiere que se la diga? No se la diré, que no me la pague muy bien.

—¿Pagar? ¿Y por qué?

Replicó:

—Porque en su casa y lugar no me da de comer.

Cuento XXV

Uno que presumía de ser poeta, porque le tuviesen en reputación de alguna cosa, en cualquier obra hallaba reproche, y decía mal de un cierto componedor, al cual, viniendo con semejantes nuevas, respondió:

—Fulano, ¿no es señor de su boca? Pues yo puedo ser señor de mis oídos.

Cuento XXVI

Habiendo un capitán recogido compañía de soldados, vino a recoger tantos que haciendo reseña de todos despidió muchos, y viniendo a despedir un mancebo sin barbas, díjole:

—Mi señor capitán, ¿qué es la causa que me despide vuestra merced?

Viéndole tan bien criado, fuéle forzado responder, diciendo así:

—Mirad, amigo, yo no os despido sino porque no tenéis barba; porque el soldado paresce mal sin ella.

Dijo el mancebo:

—Y ¿qué tanta barba es menester que tenga, señor?

Respondió el capitán:

—Cuanta se pueda tener un peine en ella.

Entonces el mancebo sacó un peine y metióselo por la carne en la barba. Maravillado el capitán de caso tan hazañoso, no solamente lo recibió, mas hízolo su sargento.

Cuento XXVII

De Antígono, rey, escribe Séneca en el terçero libro de la ira, que como los mayores de su reino estuviesen juntos y hablasen mal dél, y él los oyese detrás de un paramento, les dijo:

—Hablad quedo, caballeros, que el rey os oye.

Cuento XXVIII

Leen de Vespasiano, que como un caballero suyo le dijese palabras pesadas y de reprensión por ciertos descuidos en que había caído, le respondió muy mansamente y con gran paciencia:

—Tus palabras son dignas de risa, y mis yerros de enmienda.

Cuento XXIX

Venido un embajador de Venecia a la corte del gran turco, dándole audiencia a él juntamente con otros muchos que había en su corte, mandó el gran turco que no le diesen silla al embajador de Venecia, por cierto respecto. Entrados los embajadores, cada cual se sentó en su debido lugar. Viendo el veneciano que para él faltaba silla, quitóse una ropa de majestad que traía de brocado hasta el suelo, y asentóse encima della. Acabando todos de relatar sus embajadas, y hecho su debido acatamiento al gran turco, salióse el embajador veneciano, dejando su ropa en el suelo. A esto dijo el gran turco

—Mira, cristiano, que te dejas tu ropa.

Respondió:

—Sepa tu majestad, que los embajadores de Venecia acostumbran dejarse las sillas en que se asientan.

Cuento XXX

Estando un gran señor comiendo a su mesa, y los criados vueltos de espaldas al

aparador, entró un ladrón y tomó uno de los mejores platos que había en la mesa; y viendo el ladrón que el señor lo estaba mirando, hízole señas que callase y fuése. Hallando el plato menos al recoger de la plata, dijo el señor:

—No os cumple buscar, porque un ladrón se lo ha llevado, que yo lo he bien visto.

—Pues ¿por qué no lo decía vuestra señoría?

Respondióle el señor:

—Porque me mandó que callase.

Cuento XXXI

En presencia del rey de Nápoles y muchos caballeros, trujo un lapidario infinitas piedras preciosas. Ya, después de haber vendido muchas, halló menos un diamante riquísimo, y dijo:

—No creo yo que en presencia de vuestra alteza se me pierda un diamante que me falta.

Entonces el rey, como prudente, mandó traer un plato lleno de salvado, y mandó que todos pusiesen la mano cerrada en el plato, así como él, y la sacasen abierta. Hecho esto,

mandó que mirase el lapidario el plato, y halló su diamante.

Cuento XXXII

En un banquete, estando el señor que lo hacía en la mesa, vido cómo uno de los convidados se escondió una cuchara de oro, y por consiguiente él escondió otra. Viniendo por diversas veces a la mesa el guarda-plata por buscar las cucharas que le faltaban, dijo:

—Toma, descuidado, toma esta cuchara, que el señor Fulano te dará la otra, que no lo hacíamos sino por probarte.

Cuento XXXIII

A una dama, que era gran decidora, no había persona que le hiciese comer ajo, ni cosa que supiese a él. Un galán que la servía hízole un banquete, y dijo al cocinero que de cualquier manera que fuese le hiciese comer ajo. El cocinero, por más disfrazar el negocio, picó algunos ajos en el mortero; y quitado de allí, hizo una salsa verde en el mismo mortero; y llevándolo delante la dama, al primer bocado paró, y dijo:

—Oh, hi de puta; el villano cuál viene disfrazado de verde, como si no le conosciésemos acá.

Cuento XXXIV

Un ladrón vido a un clérigo tomar ciertos dineros y ponerlos en un saquillo; y siguiéndole de rastro, vido que se paró, y se detuvo hablando con un conoscido delante la casa de un broslador, que tenía una casulla colgada a la puerta. Entonces dijo el ladrón al broslador:

—Señor, ¿cuánto valdrá esta casulla?, porque en mi lugar tienen necesidad della. En fin, avenidos que fueron, dijo el ladrón:

—Querría, señor, probarla en alguno.

En esto el clérigo se había despedido del hombre con quien hablaba, y venía la calle abajo, al cual dijo el ladrón:

—Reverendo, háganos tan señalada merced de entrar aquí, por cortesía, a probarse esta casulla. Entrando el clérigo, dejó el saquillo encima de su manteo, y puesta la casulla, dijo el ladrón:

—Vuélvase de espaldas, por ver cómo asienta.

Vuelto, apañó del saco el ladrón, y dió por la puerta afuera. El clérigo, ansí como estaba

revestido, fué tras él diciendo: «¡Al ladrón!» El broslador aguijó tras el clérigo, pensando si sería maña armada entre los dos para llevarse la casulla, y asióle della, por lo cual le detuvo. Entre tanto, el astuto ladrón tuvo lugar de ponerse en salvo con su moneda.

Cuento XXXV

Fué convidado un nescio capitán, que venía de Italia, por un señor de Castilla, a comer; y después de comido, alabóle el señor al capitán un pajecillo que traía muy agudo, y gran decidor de presto. Visto por el capitán, y maravillado de la agudeza del pajecillo, dijo:

—¿Ve vuestra merced estos rapaces cuán agudos son en la mocedad? Pues sepa, que cuando grandes no hay mayores asnos en el mundo.

Respondió el pajecillo al capitán:

—Más que agudo debía de ser vuestra merced cuando mochacho.

Cuento XXXVI

Estando un barbero afeitando a un gentilhombre en su casa, el cual estaba muy mohi-

no dél por ser tan parlero, que cuando vino a hacerle la barba dijo:

—Señor, ¿cómo manda que le haga al barba?

Respondió el gentilhombre:

—Callando.

Cuento XXXVII

En la feria de Medina del Campo entraron muchas damas y caballeros en una botica destas que venden cabezones labrados de oro y seda, y muchas otras delicadezas de lienzos de labores; y después de haber comprado muchas cosas, un gentil hombre de aquellos abrazóse con un aderezo de camisa, labrado de oro y perlas. El mercader viólo; y para cobrarlo, usó desta maña, que ya que se querían ir, dijo altico que bien lo oyesen:

—En verdad, señor, que el cabezón y polainas no las puedo dar por ese precio que me da: por eso perdone.

Respondió el caballero:

—Si no se pueden dar, veislas ahí.

Cuento XXXVIII

Preguntó un gran señor a ciertos médicos, que a qué hora del día era bien comer. El uno dijo:

—Señor, a las diez—; el otro a las once, y el otro que a las doce.

Dijo el más enciano:

—Señor, la perfecta hora del comer es, para el rico, cuando tiene gana; y para el pobre, cuando tiene de qué.

Cuento XXXIX

Haciendo alguna gente un capitán por mandado del rey para cierta parte, y que lo tuviese secreto, por bien que le fué preguntado por diversos amigos, jamás pudieron saber dél para dónde se hacía gente. Concertaron que una amiga que él mucho quería se lo preguntase; y hecho así, y preguntándoselo ella, respondió:

—Mirá, señora y amiga mía, en tanto tengo yo los secretos del rey, que si pensase que mi camisa lo sabía, la quemaría.

Cuento XL

Dos embajadores del rey de Ingalaterra, viniendo con embajada al emperador de Alemania, después de haber hecho su debido acatamiento, el más avisado dellos hizo su

demanda, tan breve y compendiosa cual hacerse podía. El otro fué tan importuno y largo que el emperador se enojaba en gran manera. Conosció su compañero el desabrimiento, hízole del codo que abreviase. Concluído, dióles por respuesta el emperador, que miraría en ello. Respondió el avisado:

—Suplico a vuestra majestad que nos conceda nuestra demanda, so pena que torne mi compañero a relatar su embajada.

Fué tan sabroso esto para el emperador, que respondió:

—Antes quiero conceder que obedescer.

Cuento XLI

Ciertos mancebos estando cenando; con las demasiadas viandas y abundancia de vino dispararon las lenguas en decir mal de su rey muy sueltamente, y no fué tan secretamente que el rey no lo supiese. El día siguiente mandóles llamar a todos ante sí; y preguntándoles si era verdad que ellos habían dicho mal dél, apuntándoles las palabras conoscidas, respondió uno muy avisado:

—Rey: de todo lo que dijeron que dijimos de ti, es verdad; y aun ten por cierto que más dijéramos si no se nos acabara el vino.

Cuento XLII

Llegándose al rey Filipo, padre del rey Alejandro, algunos familiares de su casa a decille que desterrase ciertos maldicientes que decían mal dél, respondió:

—Eso sería añadir leña al fuego, y que fuese disfamado entre gentes extrañas; tanto más que ellos lo hacen por una de dos cosas: o por probar mi paciencia, o porque enmiende mi vida. Cuanto a lo primero, si en mí no hay eso que ellos dicen, en no querer yo castigallos se prueba mi paciencia; y si lo hay, téngoles que agradescer, pues procuraré de enmendar mi vida.

¡Oh, sabia y discreta respuesta y tan pocas veces usada!

Cuento XLIII

Una mujer atrevida, natural de Macedonia, viniendo ante el rey Demetrio, muy aquejada para pedir justicia, fuéle respondido por el mesmo rey que no podía por entonces, porque estaba ocupado en ciertos negocios.

Díjole ella:

—Pues no puedes oir, deja de ser rey.

Por esta aguda y atrevida respuesta fué oída, y le hizo luego justicia.

Cuento XLIV

Un señor de salva, para lavarse las manos, quitóse un riquísimo anillo que traía, y alargó el brazo un paje que más cerca le estaba; y sin él mirar quién fuese, habiéndose lavado, no se acordó más dél; sino que otro día, haciendo lo mesmo, el cobdicioso paje que ya tenía el otro anillo, alargó la mano para tomarle, por do le dijo:

—No digo a vos, que guardáis mucho las cosas.

Cuento XLV

El duque de Calabria fué tan dado a la música, que no había en España quien tantos y tan buenos músicos tuviese, a causa de los grandes salarios que les daba. Viniendo un gran músico forastero al Real para oir la música el día de los reyes, que tanto le habían alabado, oído e informado de la renta del duque, dijo:

—Para tan chica capa, gran capilla es esta.

Cuento XLVI

Como el duque de Calabria dilatase una vez la paga de sus cantores, importunábale el maestro de capilla a pedírsela, diciendo:

—*Mire* vuestra excelencia que se dilata nuestra paga.

Respondió él:

—*Mírese.*

Como por diversas veces se la hubiese demandado, con decir "*Mire* vuestra excelencia que se dilata nuestra paga" y él había respondido "*Mírese*", dijo un día el maestro:

—Contino se ha de estar vuestra excelencia en *mí*; para ser buen cantor, diga *fa*, *fágase.*

Respondió el duque:

—Perdonad, que vos me entonasteis.

Cuento XLVII

Yendo camino solo un rey de Castilla con un paje diligente que le había seguido, y familiar suyo, y desdichado en haber mercedes y acaso pasando el rey por un riachuelo, paróse el caballo a mear, por do dijo el paje, porque el rey lo pudiese sentir:

—Este caballo es de la condición de su amo, que siempre da a quien más tiene.

Dijo el rey:

—Calla, nescio, que mercedes de rey más se alcanzan por ventura que por diligencia.

—Eso no creo yo—respondió el paje—. A lo cual calló el rey, y venido a palacio, tomó dos arcas, y la una hinchó de plomo, y la otra de oro, y llamó al paje, y díjole:

—Mira, cata ahí dos arcas, la una llena de plomo y la otra de oro: sin allegar a ellas, la que señalares será para tí.

Cuando hubo señalado, acertó con la de plomo. Entonces dijo el rey:

—Agora creerás que las mercedes dependen de ventura.

Cuento XLVIII

Un tendero daba de menos en cuanto vendía, y acusándole por tiempo su conciencia, comunicó con su mujer el remedio que se ternía.

—El remedio será, que de aquí adelante tratemos en lana, y así como en las cosas de tienda dábamos de menos, así en el peso de la lana daremos de más a las hilanderas.

Entendido el mal consejo de la mujer, dijo:

—Doblado engaño es ese.

Cuento XLIX

En Castilla un duque dió a cierto médico, porque le visitaba y había curado de cierta enfermedad, cierta loba de seda aforrada de telilla de oro muy galana. Viniendo un día a visitalle, y viendo el duque que no la llevaba puesta, dijo:

—¿Qué es esto, doctor, qué es de mi loba, por qué no la traéis?

Respondió:

—Señor, come mucho y no la puedo sustentar.

Dijo el duque:

—Pues, sus; den os cincuenta ducados de partido para sustentamiento della.

Cuento L

En cierta cuestión, habiendo hecho correr y volver las espaldas un animoso soldado a otro, y estándole preguntando al esforzado ciertos amigos que conoscían a los

dos, si había huído el otro, como se les había dicho; acaso vino a pasar el huidor, y dijéronle:

—Señor, ¿no ve su contrario?

Respondió:

—No le conozco; porque siempre le ví de espaldas.

Cuento LI

Recibió un caballero por criado, al parecer simple, un mozo llamado Pedro, y por burlarse dél, dióle un día dos dineros, y díjole:

—Vé a la plaza y tráeme un dinero de huevos y otro de ays.

El pobre mozo, comprado que hubo los huevos, se burlaban y reían dél, viendo que pedía un dinero de ays. Conosciendo que su amo lo había hecho por burla, puso los huevos en la capilla de la capa, y encima dellos un manojo de ortigas, y llegado a casa, díjole el amo:

—Pues, ¿traes recaudo?

Dijo el mozo:

—Sí, señor: ponga la mano en la capilla y sáquelo.

Puesta la mano, encontró con las ortigas y dijo:

—¡Ays!

Y dijo el mozo:

—Tras eso vienen los huevos, señor.

Cuento LII

A cierto capitán, el rey Alejandro, por gratificalle algunos servicios, mandó a su tesorero que le diese dos mil ducados. El tesorero, como estuviese algo de punta con el capitán, mandó poner en la mañana una mesa al tiempo que el rey se había de levantar en su aposento, y los dos mil ducados encima della en plata, pensando que en ver el rey tanto dinero, se arrepentiría de la promesa. Pero como el rey presumiese el negocio, dijo:

—¿Qué es esto?

Respondió el tesorero:

—Señor, los dos mil ducados que mandó dar al capitán.

—¡Qué! ¿tan poca cosa es? Dénle otros tantos.

Cuento LIII

Siendo un viejo demasiadamente avaricioso en las cosas del servicio de su casa, lo era en extremo y fuera de compás en esto: que si veía encendidas dos lumbres, mataba la

una; y si candela fuera de la mesa ardía, hacía lo mesmo. Por tiempo vino a adolescer; y no dándole vida, y estando *in extremis*, encendióle una candela un hijo; y estándole diciendo: —Padre, acordáos de la pasión de Dios, le respondió:

—Ya me acuerdo, hijo; pero mira tú que te acuerdes, que acabando que acabe de dar el alma a Dios, mates la candela.

Cuento LIV

Como están las habilidades repartidas entre los hombres, era uno tan certero en poner garbanzos, tirándole de lejos, por la boca de un cántaro, que una vez estando tirando delante de un príncipe, le pidió mercedes por ello, a lo cual le respondió, conosciendo la desaprovechada habilidad:

—Denle una hanegada de garbanzos.

Cuento LV

Un caballero muy enamorado y grande poeta (por estas dos cosas, que la una era bastante) vino a ser loco en tanta manera, que un hermano suyo le tenía en su casa en-

cerrado en un lugar apartado; y como una vez viniese a vello, viéndole hacer cosas no debidas, díjole:

—Hermano, ¿para qué hacéis esas cosas? mirad que sois incomportable.

Respondióle:

—¿Y cómo,? ¿es mucho que donde toda mi vida os he sufrido de nescio, que me sufráis vos a mí algunos ratos de loco?

Cuento LVI

Contendiendo un portugués y un castellano en Sevilla, sobre cuál era mejor rey, el de España o el de Portugal, vino a desmentille el portugués; por do el castellano le dió una cuchillada. Después el mismo castellano aportó a Lisboa. El portugués, en verle, fué a tomar parescer de un presidente, que si le daría otra cuchillada al castellano; respondióle que no; pero que juntase con él, y que le dijese que cuál rey era mejor, el de España o el de Portugal; y que si decía que el de España, que le diese una cuchillada, y si el de Portugal, que lo dejase estar. Ido el portugués, interrogó al castellano su demanda, el cual respondió que el rey de Portugal era mejor rey. Dijo el portugués:

—¿Por qué no defiendes tu rey, majadero?

Respondió el castellano:

—Porque cada gallo en su gallinero canta.

CUENTO LVII

Siendo preso y llevado un corsario delante el rey Alejandro, le dijo:

—Vén acá, rebelde, ¿no tienes vergüenza de ir ansí robando por la mar?

A lo cual respondió:

—Verdad es, rey, que por ir cual voy solo, me llaman ladrón; mas tú, que te usurpas todo el mundo, por ir tan acompañado, te llaman señor; si fueses cual yo voy, llamarte ían como a mí.

Dijo el rey:

—En fin, ¿que yo robo?

Respondió:

—También yo, señor; pero yo por pobreza, y tú por codicia.

Viendo el rey su animosidad, no sólo le perdonó, mas hízole su capitán.

CUENTO LVIII

Estando un poeta mostrando ciertas coplas a un otro amigo suyo y gran decidor, vino a leer un verso que decía ansí:

"Y aparté la nave,—bien *como* sin freno..."

Respondió el que lo escuchaba, por tratalle de bestia:

—Eso no es maravilla; mayor fuera con él.

Cuento LIX

Viniendo un soldado de Italia muy próspero, fué convidado por un grande amigo suyo. Estando en la mesa, había un extraño decidor que tenía fama de judio: el cual por tratar al soldado de puto, tomó con la punta del cuchillo el obispillo de la gallina, y púsoselo delante, diciendo:

—*Jaque.*

Entonces el soldado, de presto, tomó asimesmo una lonja de tocino, y púsosela delante, diciendo:

—*Mate.*

Cuento LX

Fué avisado un rey que un mancebo de su mesma estatura y edad se le parescía en grandísima manera. Deseoso de ver si era ansí, mandóle llamar, y conosciendo ser verdad, preguntóle:

—Dí, mancebo: ¿acuérdaste si por dicha tu madre por algún tiempo estuvo en esta ciudad?

Respondió:

—Señor, mi madre, no; pero mi padre, sí.

Cuento LXI

Estando jugando el rey Argelisao con sus hijos, llevando una caña entre las piernas como caballo, por enseñarles a cabalgar, entró un amigo suyo, y como lo viese el rey, rogóle que no lo dijese a nadie hasta que también él fuese padre de hijos, por enseñarle que aquello no era liviandad, sino puro amor y voluntad.

Cuento LXII

Estando contendiendo muchos amigos y tratando de las rentas que los grandes tienen en Castilla, decía el uno que quería ser duque del Infantazgo; el otro conde de Benavente; el otro, marqués del Basto; el otro, arzobispo de Toledo. Hubo uno de ellos que dijo:

—Yo querría ser melón.
Preguntado por qué, dijo:
—Porque me oliésedes en el rabo.

Cuento LXIII

En cierta batalla de Nápoles, teniendo un soldado a su enemigo debajo de sí, y con la boca en tierra para darle de puñaladas, rogábale, que le dejase volver de pechos arriba, y entonces que le matase. Preguntóle por qué: y respondió:

—Porque si me hallaren mis amigos muerto, no se avergüencen de verme las heridas en las espaldas.

Entonces el vencedor, viéndole en cuánto preciaba la honra el vencido, no sólo le perdonó, mas quiso fuese su amigo para siempre.

Cuento LXIV

Un villano iba caballero en un rocín muy largo y flaco. En el camino, encontrándose con un caballero, díjole por burlarse con él:

—Hermano, ¿a qué precio vendéis la vara de rocín?

Respondió de presto el villano:

—Señor, entrar en la bestia y decíroslo han.

Cuento LXVI

Hurtando a un capitán en Flandes de su aposento unos borceguíes hechos de molde para sus pies, porque los tenía lisiados y tuertos, hallándolos menos, dijo:

—¡Plega a Dios que le vengan bien a quien me los hurtó!

Cuento LXVII

Vendiéndose ciertos captivos en presencia de un rey, que estaba asentado en su tribunal, el cual, por tener descosidas sus calzas, mostraba sus vergüenzas sin haber sentimiento dello, un captivo de los que se vendían dijo a voces muy altas:

—Perdóname, rey, cata que yo buen amigo fuí de tu padre.

Respondió el rey:

—¿Por dónde o de qué manera fué esa amistad?

Dijo el captivo:

—Dame licencia que me llegue a ti, y yo te lo diré.

Dejándole que llegase, díjole en secreto:

—Rey, cubre tus vergüenzas...

Luego el rey disimuladamente se cubrió, y dijo a altas voces:

—Dejadlo ir libre, pues tan servidor ha sido de mi padre.

Cuento LXVIII

Un tejedor de terciopelo, presumiéndose de muy hidalgo, dejó de requerir su oficio, diciendo que había hallado que era caballero, y así jamás se partía de entre caballeros. Vino una vez a hallarse en casa de una señora, que se hacía llamar doña Juana, la cual secretamente hacía placer a sus amigos; y como éste le pidiese celos de un gentilhombre, haciendo mil fieros que lo había de matar, por tratalle de hombre de baja esfera, le dijo ella:

—Señor, si le matáis, no escaparéis de ahorcado.

Respondió él:

—Antes sí, con pedirme vuesa merced.

Cuento LXIX

Tenía un aldeano mujer hermosa, la cual se revolvía con un criado de casa. Y como el

marido lo sospechase, ella por deshacelle las sospechas, díjole un día:

—Señor marido, habéis de saber que por haberme requerido de amores mi criado, y porque vos veáis si es así, le he prometido esta noche aguardarle junto de la puerta del corral. Por tanto conviene que vos vistáis de mis vestidos para aguardalle en el mismo lugar.

Dicho esto, fué al criado, y contado su negocio, díjole:

—Toma un palo y en venir que le veas vestido, dale con él, diciendo:

—¿Tan ligeramente me habéis de creer, perra traidora?, que esto no lo hacía sino por probarte.

En fin, venidos al puesto, habiendo recibido los palos el cornudo, dijo a su criado:

—Al no ser tú tan fiel como lo has mostrado, se pudiera decir por mí, cornudo y apaleado.

—Mas no, dijo el criado, sino sobre cuernos penitencia.

Cuento LXX

Fallesciendo un mercader que por muy rico era tenido, hallaron que era más lo que debía que no lo que tenía; y como los acreedo-

res a quien él debía por justicia en pública almoneda le vendiesen la ropa, el rey de aquella tierra mandó a su mayordomo que le comprase una colcha con que dormía este mercader. Dijo el mayordomo:

—¿Búrlase vuestra alteza?

Respondió:

—No me burlo, porque tengo necesidad della para poder dormir.

Quiso notar, que cómo podía dormir un hombre que debiese tanto, pues a él los cuidados le hacían velar.

Cuento LXXI

Estando en Salamanca muchos estudiantes en chacota, el uno dellos tiróse un pedo callado, o de quistión, como suele decirse. Excusándose todos de lo hecho, dijo el más resabido:

—Fulano lo hizo, yo lo sé cierto sin falta.

Respondió el acusado:

—Dice verdad, porque él tiene gustados mis pedos.

Cuento LXXII

Filógeno, famosísimo poeta, viendo que unos cantareros cantaban sus versos tras-

trocando y quebrando dellos, con un báculo que llevaba dió en los jarros y quebrólos, diciendo:

—Pues vosotros dañáis mis obras, yo también dañaré las vuestras.

Cuento LXXIII

Un ganapán, yendo cargado con un grande cargo a cuestas, encontró con uno que iba por la calle, y en habiendo encontrado con él, le dijo:

—Guardáos, señor.

Preguntóle el que había recibido:

—¡Qué! ¿otra vez me quieres dar?

Cuento LXXIV

A un señor de salva, en Castilla, un pobre escudero demandábale socorro para casar a una hija suya. El señor, habiendo compasión de su trabajo, aunque no era de su condición, le dijo que demandase lo que había menester; pues conociendo el escudero no ser el señor muy largo en hacer mercedes, pidióle veinte y dos reales. Maravillándose

desto mucho el señor, habló con su camarero así:

—¿No miráis esto, pecador, que diciéndole yo que pidiese lo que había menester, no ha querido pedir más de veinte y dos reales?

Respondió el camarero:

—No se maraville vuestra señoría, que conosció la figura, y quedóse con veinte y dos.

Cuento LXXV

Com naturalment es de práctica que cuant porten á enterrar algú, demanan alls capellans qui es lo que porten, saber si es home o dona, o persona coneguda, demaní un dia á un capellá portant una dona a soterrar:

—Diga, reverent, ¿qui es lo cos?

Respongué:

—No es cos, sino faldetes.

Cuento LXXVI

Antes que se baptizasen los moros del reino de Valencia, a un morisco de Alberique habíale hurtado un ladrón no sé qué ropa, el cual se lo negaba. Venidos a juicio, buenamente delante de un juez para que lo ave-

riguase, antes de ser oídos daba tan grandes voces el moro con el delincuente, que el juez, oyendo quién era, dijo:

—Has de callar, perro, ¿por qué diablos estás ladrando?

Respondió:

—Por ver un ladrón.

Cuento LXXVII

Un marqués, señor de salva, encontrándose un día con el baile de Valencia, no le quitó el bonete, habiéndoselo quitado el baile a él, de lo cual quedó quejoso. Sabiéndolo el marqués, topó un día con el paje del baile que llevaba dos gorras nuevas en la mano. Preguntóle cuyas eran. Respondióle el paje:

—De mi amo, señor.

Tómóselas el marqués, y dijo:

—Decid a vuestro amo el baile, que porque no quede quejoso que el otro día no le quité una gorra, que agora le quito dos.

Cuento LXXVIII

Habiendo librado de la muerte un soldado en una batalla al rey Creso, e ya después de

ser vencidos los enemigos, y estando el rey en su tienda, quiso saber quién era el soldado que tanto bien le hizo; venido y traído que fué delante del rey con otros soldados que lo acompañaban, echóse la mano el rey a la bolsa, y dióle cinco talentos de merced. El soldado, afrentado, bajó su cabeza y contó muchas veces los talentos, de manera que le dijo un compañero:

—Andad acá, ¿de qué sirve eso?

Respondió el soldado:

—Dejadme, que en un caso como este, nunca se ha de acabar de contar.

Cuento LXXIX

Una cortesana, siendo poco su caudal y habiendo empleado todo su ajuar en guadameciles para un pequeño aposento que tenía, vino un galán a visitalla, y ella le dijo:

—¿Qué le paresce, señor, mi pobre posada?

Respondió:

—Parésceme que es como el lechón, que lo mejor que tiene son los cueros.

Cuento LXXX

Una cierta dama valenciana, ultra que era muy sabia tenía una tacha, y era que a ve-

ces hablaba más de lo que era menester. Un día estando en sarao, tomóle un desmayo, y fueron corriendo a decirlo a su marido, diciéndole que su mujer estaba sin habla, el cual como lo oyese, dijo:

—Déjala estar, que si eso dura, será la mejor mujer del mundo.

Cuento LXXXI

Era un caballero a quien no sabía mal el vino, y estando en conversación con otros, después de haber comido, paresciόle a él que fué afrentado de otro caballero, y por esto le desafió que se mataría con él con las armas que quisiese: respondió su contrario que él aceptaba el desafío con tal que no fuese en cueros.

Cuento LXXXII

Una señora que siempre quería saber a Fulana quién la sirve, y Fulano a quién sirve, y Fulana en qué entiende, y Fulano de qué vive, demandó a un caballero estando en conversación, que le prestase un libro que tenía de las vidas de los diez emperadores. Respondió:

—Señora, ya le vendí, porque soy muy enemigo de saber vidas ajenas.

Cuento LXXXIII

Traían a un sobrino de Garci Sánchez dos mujeres en casamiento, de las cuales la una era de muy buena parte, sino que había hecho un yerro de su persona, y la otra era confesa, con la cual le daban un cuento en dote. Llegando este mozo a demandar consejo y parescer a su tío sobre cuál de aquestas dos tomaría por mujer, respondióle así:

—Sobrino, yo más querría que me diesen con el *cuento*, que no con el *hierro*.

Cuento LXXXIV

Oyendo un presidente a un querellante fuera del juicio, ausente la parte contraria, atapóse con la mano el un oído; y después que el querellante hubo propuesto ante él su causa, y dicho todo lo quc había de decir, dijo al presidente:

—¿Hame oído bien vuestra señoría?

Respondió:

—Bien, por cierto; mas este otro oído guardo para oir a vuestro contrario.

Dando a entender que el juez no ha de determinar cosa ninguna sin primero oir las dos partes, para del todo quedar satisfecho.

Cuento LXXXV

Entró en los estrados con su espada un caballero, en la chancillería de Granada, por solicitar cierto pleito que tenía; y como en semejante lugar no se puede estar con espada, llegóse a él un portero que tenía un Dios te salve por la cara a tomatuelo, el cual le rogó que se la dejase. No aprovechando nada, quitósela él mismo de la cinta, y dijo:

—Tomad, hermano, pero yo os prometo, a fe de quien soy, que no tiene ella la culpa

Cuento LXXXVII

Preguntó un trapacero al autor un día:

—Decid, Fulano, ¿hay algunas coplas para vender?

Diciéndole que no, tornó a replicar:

—Pues qué, ¿no hay alguna mentira que podamos decir por Valencia?

Respondió:

—Sí, señor: decid que sois hombre de bien.

Cuento LXXXVIII

Caminando un caminante por su camino, encontró con dos hidalgos que llevaban dos perdices: hízose con ellos, y en llegando a la posada, mucho como servicial aderezó las perdices, y cortadas por sus manos las puso en la mesa. Viendo su poquedad, en que no habían hecho proveer de otra cosa más que de las perdices, usó desta maña con ellos: y fué que haciéndole sentar para que comiese con ellos, sacó un cuchillo, y con la punta dél tomaba el pedazo de la perdiz. Dijéronle:

—Tomad con la mano y dejaos de cerimonias.

Respondió el caminante:

—Haríalo yo, señores, si lo sufriese mi oficio.

Dijéronle:

—Cómo, ¿qué oficio tenéis?

Respondió:

—Verdugo, señores.

—¡Oh, pese a tal—dijeron ellos—: cómete tú sólo las perdices!

DOCE CUENTOS

DE

JUAN ARAGONES



Cuento primero

El duque de Ferrara tenía un truhán, y como un día el duque dijese no haber en toda Ferrara más de hasta quince o veinte físicos, contradíjole el truhán, diciendo que había más de cuatrocientos. Dijo el duque que no era ansí. Respondió el truhán que apostaría con su señoría doscientos escudos que había más de los cuatrocientos físicos que decía. El duque, riendo, dijo que le placía, y así apostaron. El truhán, otro día por la mañana, púsose muchos paños por los carrillos, fingiendo que tenía mal de muelas y púsose a la puerta de la iglesia donde el duque había de ir a misa, y llevó consigo un su hijo, al cual mandó que a todos los que le diesen medicina para su mal, que los pusiese en escripto. Pues como el duque vinie-

se a misa y hallase a su truhán entrapado, díjole:

—¿Qué es esto, Fulano?

Respondió el truhán:

—Señor, he tenido y tengo tan grande dolor de muelas, que estoy fuera de sentido.

Díjole entonces el duque:—Para ese mal tomarás tal y tal yerba y harás un emplasto desta y esta manera, y ponértelo has; y sobre mi cabeza, que luego ternás salud.

Haciendo todo aquello escribir, el duque se entró en misa, y luego cuantos entraban y salían daban al truhán medicinas para su mal, y así escribió más de seiscientos físicos en su *memorial*, y quitándose sus trapos, fuése luego a palacio y dijo al duque:

—¿Está todavía vuestra señoría en que no hay en Ferrara más de quince o veinte físicos?

—Sí,—dijo el duque, y lo torno a apostar de nuevo contigo.

—Pues que vuestra señoría torna a afirmar ser ansí, yo le quiero dar a entender al contrario;—y sacando el memorial, le enseñó ser el mesmo duque físico, con todos los que le habían dado remedio para su mal.

Conosciendo el duque la verdad, le mandó dar los doscientos escudos que con él apostó.

CUENTO II

A Garci Sánchez le acaesció que estando penado por una dama, subióse muerto de sus amores a un *terrado* que tenía, desde donde algunas veces la podía ver. Y estando allí un día, un grande amigo suyo lo fué a ver; el cual, preguntando a sus criados que adónde estaba, le fué dicho que allá arriba en el *terrado*. El se subió derecho allá, y hallándolo solo, le dijo que cómo estaba allí. Respondió prontamente Garci Sánchez:

—¿Adónde puede estar mejor el muerto que *en terrado*?

Dando a entender que pues estaba muerto, era razón que estuviese *enterrado*.

CUENTO III

Solía un villano muy gracioso llevar a un rey muchos presentes de poco valor, y el rey holgábase mucho, por cuanto le decía muchos donaires. Acaesció que una vez que el villano tomó unas truchas y llevólas (como solía) a presentar al rey, el portero de la sala real, pensando que el rey haría mercedes al villano, por haber parte, le dijo:

—No te tengo de dejar entrar si no me das la mitad de lo que el rey te mandare dar.

El villano le dijo que le placía de muy buena voluntad, y ansí entró y presentó las truchas al rey. Holgóse con el presente, y más con las gracias que el villano le dijo; y muy contento le dijo que le demandase mercedes. Entonces el villano dijo que no quería otras mercedes sino que su alteza le mandase dar quinientos azotes. Espantado el rey de lo que le pedía, le dijo que cuál era la causa por que aquello le demandaba. Respondió el villano:

—Señor, el portero de vuestra alteza me ha demandado la mitad de las mercedes, y no hayo otra mejor parte que a él le quepan doscientos y cincuenta azotes.

Cayóle tanto en gracia al rey, que luego le hizo mercedes, y al portero mandó castigar.

Cuento IV

Acaesció que un caballero de alta sangre, pobre de hacienda, servía a una señora muy rica y hermosa, mas de linaje de las doce tribus. Y como ella se viese tan poderosa y hermosa, no solamente menospreciaba al caballero, mas hacía burla dél por ser pobre.

Pues como un día ésta estuviese a la ventana y él llegase y le suplicase hiciese por él, dijo ella a un paje suyo:

—Dame un dinero.

Dado que se le hubo, tomólo ella y arrojó como por limosna, motejándolo de pobre. El caballero, como vió el dinero en tierra, dijo a un criado suyo, de manera que la dama lo pudo bien oir:

—Mozo, toma ese dinero, y guárdalo bien, porque es uno de los treinta.

Cuento V

Era un rey muy liberal en cuanto hacía, y las cosas que le presentaban, de cualquiera persona que fuesen, las recebía en servicio, y hacía mercedes a los que con simple intención se las traían. Acaesció, pues, que un labrador, hecho al buen tiempo, halló un grande y muy poderoso rábano, el cual juzgó en su pensamiento que no era digna otra persona de comerlo, sino solamente el rey; y así tomó su rábano, y se lo fué a presentar, diciendo:

—Señor, tome vuestra alteza este rábano y cómaselo; que yo no hallo otro que lo me-

rezca comer (según es grande) sino vuestra alteza.

El rey, conosciendo su simpleza, recibió el rábano, y dijo a su mayordomo que lo guardase, y mandóle dar cinco mil escudos en pago de su simple intención. Sabidas y publicadas las grandes mercedes que el rey hizo por el rábano, otro labrador halló en una heredad suya un grande y muy poderoso membrillo, que como le vió, luego dijo:

—Este membrillo no pertenece sino para el rey; y si por el rábano dió cinco mil escudos, por este, que vale al doble, bien dará diez mil.

Con este pensamiento y cobdicia lo llevó luego a presentar al rey, diciendo:

—Señor, tome vuestra alteza este membrillo, que no lo meresce comer otro sino él.

El rey, como era discreto y de entendimiento delicado, luego conosció que aquel labrador venía con demasiada cobdicia. Tomando pues el membrillo en sus manos, alabándolo mucho, dijo a su mayordomo:

—Tomad este membrillo, y guardadlo muy bien, y traedme el rábano que el otro día os mandé guardar.

Haciendo así el mayordomo, tomó el rey con sus propias manos el rábano, y dijo al labrador:

—Tomá, hombre honrado, este rábano, que yo os juro por mi corona real, que él me costó cinco mil escudos.

Así el labrador cobdicioso se fué corrido y confuso, pensando haber por el membrillo al doble que el otro por el rábano. Por cierto, el rey fué sapientísimo en tener conoscimiento de las intenciones de aquellos labradores.

Cuento VI

Debajo de Zaragoza, en la ribera del río Ebro, está la ciudad de Tortosa; por el cual río suelen ir y venir muchas barcas con provisiones. Acaesció, pues, que subiendo hacia Zaragoza por el camino real un hombre junto al río, muy alto de cuerpo y *tuerto* de un ojo, topó a otro muy pequeño y corcovado, de tal manera que casi iba el pecho por tierra. Y como el *tuerto* ansí lo vió, queriéndolo motejar de corcovado o jiboso, no mirando él sus faltas, díjole:

—Hombre de bien, ¿a dónde van las barcas?

El corcovado, alzando la cabeza, como vió al otro sin ojo, respondió:

—Señor, a *Tortosa*.

Cuento VII

En el tiempo del rey don Fernando acaesció, que habiendo de venir la corte a Madrid, mandó la villa que todos los vecinos toldasen la delantera de su casa, por do el rey había de pasar, so pena de tantos mil maravedís. Velasquillo, un truhán muy famoso del mesmo rey, vivía en la calle, y no tenía paños de corte para poner en la delantera de su puerta: el cual por no caer en la pena que la villa había puesto, tomó una haca que tenía, y colgóla desde una ventana encima de la puerta, la cabeza cara abajo. Como el rey pasase y la viese colgada, rióse mucho en verla, y preguntó quién la había colgado allí. Fuéle respondido que Velasquillo, su truhán. Mandóle llamar y díjole que por qué había colgado su haca. Respondió:

—Señor, porque no tenía paños para servir a vuestra alteza, quise servirle con hacer a mi haca paramento para rescebille.

Cayóle al rey en tanta gracia, que le mandó que fuése a palacio y descolgase los paños de corte que quisiese y se los llevase, para cuando entrase en la villa, con ellos lo pudiese honradamente recebir. Y como no se dijese al sordo ni al perezoso, prontamente fué a palacio y se proveyó dellos.

Cuento VIII

Como Velasquillo era muy gracioso en decir, lo mesmo era en obrar. Acaesció,pues, que tres caballeros, yéndose paseando, toparon a un hombre que traía una grande trucha, los cuales se la compraron, y concertaron de convidar a Velasquillo a ella, con condición que cada uno dijese un dicho de la sagrada Escritura al propósito, y tomase una parte de la trucha. Mandáronla hacer tres partes: la una de la cabeza, la otra del medio, la otra de la cola, y que la cociesen con muchos ajos; y estando aparejada llamaron a Velasquillo con el dicho concierto; y asentándose a la mesa todos cuatro, sacaron la trucha en un gran plato con el caldo de ajos en que la habían cocido. El uno de los caballeros, alargando la mano, tomó la parte de la cabeza, diciendo:

—*In capite libri scriptum est de me.*

El otro tomó la parte del medio, diciendo:

—*In medio consistit virtus.*

Luego acudió el otro y tomó la cola, diciendo:

—*In-cola ego sum in terra.*

Velasquillo que se vió sin nada, tomó el plato de los ajos con entrambas manos, diciendo:

—*Asperges me domine hysopo*; y echóselos por encima a todos.

Cuento IX

Estando la corte en Toledo, acaesció que andaba un caballero enamorado de una dama muy hermosa; y suplicándole un día tuviese por bien de darle audiencia, ella le respondió que al presente no había lugar, que se volviese a la tarde, que ella haría lo que él tanto deseaba. El con aquella palabra se despidió, y aguardó a la hora concertada, donde se fué a la casa de la señora, y hallóla que estaba a su ventana, mondando una pera con un cuchillo pequeño, el cual como así la vió, le dijo:

—Señora, *¿es pero* o *es pera*?

Respondió ella tan presto:

—No es sino *gañivete*.

Entonces el caballero, como sabía qué era, luego la entendió, y volviendo las riendas a su caballo se fué. Fué sin duda la respuesta de la dama sabia y delicada, y la pregunta del caballero delicada y aguda. Por cuanto el caballero quiso decir: "Señora, *¿espero* yo a vuestra merced, o *espérame* ella a mí?" Y porque entonces no había lugar para poder en-

trar el caballero, porque estaba la posada embarazada con otro que estaba dentro, respondió ella a esta causa: no es sino *gañivete.*

CUENTO X

Un gentil hombre estaba muy enamorado de una dama, y por parecerle bien, mandó hacer una gran cadena de latón morisco, y mandóla dar por encima una color de oro, y así andaba muy potente con su sobredorada cadena al cuello. Acaesció que un día halló sola a la dama, y después de muchas pláticas, díjole:

—Juro a tal, señora, que estoy el más aparejado hombre del mundo, para darle un par de toques.

Respondió ella prestamente:

—Dadlos vos, señor, a vuestra cadena, que ella os dirá quién es.

La cual respuesta fué bien avisada.

CUENTO XI

Habiendo hecho un enojo Velasquillo a la reina, mandólo sentenciar a muerte. El, viendo que determinadamente había de morir,

suplicó a la reina que le dejase escoger la muerte, y que estuviese presente a verle morir: al fin ella se lo concedió. Entonces él escogió que quería morir despeñado; y estando toda la corte al salto que había de saltar, esperando lo que había de suceder, llegó siete u ocho veces Velasquillo al salto, y tornábase atrás, que no osaba arrojarse. Un caballero muy enojado porque hacía detener allí a la reina, díjole:

—¡Oh, cuerpo de tal con el cobarde, que ha llegado al salto siete u ocho veces y no ha osado arrojarse de miedo!

Volvióse a él Velasquillo, y díjole:

—Pues si tan esforzado os halláis, tomaldo vos en veinte saltos, que yo os lo doy.

La reina que aquello oyó, cayóle tanto en gracia, que le perdonó la muerte, y aun le hizo mercedes.

Cuento XII

Al afamado poeta Garci Sánchez de Badajoz, el cual era natural de Ecija, ciudad en el Andalucía: este varón, delicado, no solamente en la pluma, mas en promptamente hablar lo era. Acaescióle, que estando enamorado de una señora, la fué a festejar delante de una ventana de su casa, a la cual estaba

apartada. Pues como encima de su caballo le hiciese grandes fiestas, dando muchas vueltas por su servicio, acertó de tropezar el caballo; y como la señora lo viese casi caído en tierra, dijo de manera que él lo pudo oir:

—Los ojos.

Respondió él tan presto, y sin tener tiempo para pensar lo que había de decir:

...''Señora, y el corazón
vuestros son.''

LA VENGADA A SU PESAR

POR

D. ANDRES DE PRADO



Una noche de las tenebrosas de invierno, que con horrores de densas nubes y fúnebres sombras, causaba espanto al más denodado pecho, ocasionadas de lo proceloso de una deshecha tempestad que con torbellinos de truenos y borrasca de relámpagos, obligaba a temor y anunciaba tímidas aventuras, caminaba Periandro por lo encumbrado de una montaña en el reino de León, en un lucido hijo de Erbonas, tan noche en la color, que parece ésta le tomó por dechado para parecer más lúgubre. Solo caminaba, mas no tanto que sus pensamientos no le sirvieran de crueles camaradas en su nunca imaginada partida: digo no imaginada por haber sucedido el caso que a esto le obligaba tan repentino. Bajaba, pues, por lo angosto de una senda, deseoso de hallar algún pobre albergue para guarecerse de tan impensado suceso, a tiempo que oyó una

voz que de lo oculto de unas intrincadas matas le decía: "Si hay piedad en los cristianos pechos, y tú, cualquiera que seas, la tienes, socorre a una desdichada y congojada mujer, que este nombre te puede obligar cuando no te mueva mi voz, que desfallecida te avisa de la pena que mi cuerpo padece. "Desmontó apresurado el valeroso joven, y desnudando la luciente cuchilla, terciando al brazo la capa, fué siguiendo estos últimos ecos; mas llegando al puesto de donde la voz salía, vió en él un bulto, que con diversos vuelcos daba muestras de su ahogado espíritu; procuró levantarle, y viendo no ser posible, lo acomodó para que tomara algún aliento; pero quiso el cielo, que siempre socorre a los que afligidos le invocan, divisase algo lejos una pajiza choza, de la cual salían muchos resplandores de encendidas teas; parecióle que para descanso de aquel fatigado cuerpo, sería mejor llevarle adonde la luz se divisaba; y tomando su caballo acudió al referido puesto con la diligencia que fué posible; dió cuenta a los rústicos habitadores de la presente desdicha, los cuales vinieron al ya dicho sitio, y acomodando en sus fornidos brazos a la lastimada señora, la llevaron a ella, con cuya diligencia cobró algunos alientos su fatigado espíritu, dando

muestra de agradecida con humildes señas, por tener la lengua ocupada de la molestia que la causaban tres penetrantes heridas que en su rostro y gallardo cuerpo por las manchas de la sangre mostraba. Acudieron piadosos a su cura; y habiendo cocido salutíferas plantas en mediano, si no acendrado vino, se las lavaron y aplicaron las hierbas, dándole alguna, aunque rústica, refección a su postrada persona, dejándola quieta para que pasara sosegada lo que de la noche restaba. Recogióse nuestro Periandro, y los rústicos, algo retirados para hacer lo mismo hasta que el día, bien deseado de todos, les diera luz para buscar el conveniente remedio para aquella afligida señora.

Amaneció lucido el príncipe de los astros y padre de las luces, siendo hora para que nuestro caballero, que cuidadoso había estado de saber cómo se hallaba la herida, se levantase, y llegando adonde la había dejado la noche antes, la halló, viendo en su rostro un prodigio de perfección; y habiéndola saludado cortés, a que correspondió agradecida, la preguntó cómo se hallaba de sus heridas; a que respondió que con mucho alivio por la diligencia de su amparo, cura y asilo. Quisieron los rústicos dar cuenta al lugar cercano de esta desgracia, mas no lo

consintió Periandro, pareciéndole que con el movimiento se le podían nuevamente alterar las heridas a la dama; y a la verdad no era sino pena de que se apartase de su vista aquella que con la suya le había hecho de libre, esclavo de sus lucientes rayos.

¡Oh amor! ¡de cuántos ardides te vales y vales por ardid! A piedad mueves cauteloso, y es cautela para precipitar el corazón incauto a que ame y pretenda atrevido: tal era la centella que se había introducido en el pecho de este caballero así que vió la beldad de la herida dama. Fueron los villanos a su cuotidiano ejercicio, y en el ínterin pidió Periandro a su nuevo empeño, le diera noticia de su desgracia, de su patria, estado y nombre; a que se excusó diciendo era aumentar su achaque referir lo que pedía; y por no disgustarla, remitió el saberlo para mejor ocasión. A esta sazón pasaba un cirujano del lugar vecino a otro a cierta cura, y avisado de los pastores, Periandro le suplicó viese las heridas a la dama, ofreciéndole satisfacer, a que el cirujano se ofreció con mucho gusto, por haber visto en nuestro héroe un no sé qué de autoridad oculta. Visitóla, y viendo las heridas, dijo no ser de cuidado, cuya alegre nueva satisfizo este caballero con una rica sortija que en su

mano traía; y habiéndole aplicado nuevos remedios, se despidió, ofreciendo volver otro día, y otros si fuese menester, hasta dejar del todo sana a esta señora, con que siguió su camino. Gustoso quedó Periandro viendo había hallado el remedio a su deseo sin entrar en poblado, y enviando a uno de los pastores, que esta era su ocupación, al pueblo, dándole dineros suficientes, mandó le trajeran los regalos necesarios para la asistencia de la enferma, a que ella correspondió con muchas gracias del cuidado que su valedor le mostraba en su regalo y cura. Aquí, entre las corteses razones vino a descubrir nuestro héroe un más que mediano ingenio, acompañado de modestos y finos agasajos, incentivos de la voluntad, y redes del albedrío, que sirvieron de alimentar la nueva afición y recién nacida voluntad, para que llegara a crecer gigante y conservarse firme, como se verá.

Ocho días pasaron, en los cuales no sucedió accidente alguno, hallándose muy mejorada esta dama con las visitas del cirujano, que las hizo con mucho cuidado, bien gratificadas de nuestro Periandro, al cual un día que se halló a solas le dijo esta dama cómo era forzosa su ausencia; mas viendo el sentimiento que por ello hacía, le consintió

que la acompañara, si bien con el pretexto que no había de pasar de los límites de la cortesía, que nuestro caballero ofreció con juramento. Satisficiéronles la buena obra a los pastores, con lo cual se partieron por una inculta senda, yendo la dama a las ancas, y Periandro gobernando su orgulloso caballo en la silla. Bien habían andado más de tres leguas cuando Periandro le pidió a su ya mejorado dueño le refiriese la causa de haberla hallado en aquel sitio, a tales horas, tan herida y lastimada; a que la dama satisfizo diciendo:

—Cuatro leguas poco más de aquí dista, ¡oh noble caballero! la siempre ilustre Segovia, ciudad rica y abundante, habitada de nobles y ricos caballeros como de discretas y bellísimas damas: esta es mi patria; mi nombre, Anarda, tan desgraciada, que pudiera por antonomasia llamarme la propia infelicidad. Nací hija única de heroicos y ricos ascendientes; pero ¡qué le importa la riqueza a la que nació sin dicha! Criéme de tiernos años con mis padres, que en breve pasaron de este a mejor siglo, heredando yo junto con la calidad, un cuantioso mayorazgo, que pasa de seis mil ducados de renta; quedé sujeta a una hermana de mi difunto padre, señora ya mayor, ejemplo de virtud

y archivo de perfección. De este modo lo pasé hasta los tres lustros de mi edad, que trató esta señora darme estado, viendo los muchos pretendientes que me salían, ya movidos de mi hermosura, o ya de mi hacienda, como ellos decían.

Habitaba pared en medio de mi cuarto un caballero, mozo en la edad, galán en la persona, y rico en los bienes de naturaleza, si bien en los de fortuna muy pobre, recién venido de Indias a ciertas pretensiones: a éste un día vi entrar en su posada desde unas celosías, y os aseguro me aficionó su talle y gallarda presencia, porque luego sentí dentro del pecho un volcán en que el corazón dulcemente se abrasaba, víctima que en holocausto ofrecía el alma a su gentileza; reprimí mis deseos, recogí mis pensamientos, y a mí misma me dije libre, desordenada y otras razones para moderarme; pero ¡qué vale la corrección donde está la fuerza del hado! Propuse el no salir a mis ventanas, juré el no abrirlas, y traté a mi memoria condenarla a perpetuo olvido; pero ¡ah inconstante oferta! pues ella misma me inclinaba y excitaba a hacer lo contrario. Pasé algunos días, hasta que uno festivo salí acompañada de mi tía y un gentilhombre, criado antiguo de mis padres, a cum-

plir con las obligaciones de cristiana, a tiempo que don Antonio, que este es el nombre del forastero, estaba acabándose de vestir en un cuarto bajo, cuyas celosías salían a la principal calle por donde habíamos de pasar; fué fuerza vernos, y, o ya sea curioso, o ya motivado de nuestra vista, salió en breve siguiéndonos hasta la iglesia, en la cual todo el tiempo que estuvimos no apartó un punto los ojos de mi persona, diciéndome con ellos su deseo; los míos os aseguro que, aunque cubiertos del sutil manto, deseaban, por más que los apartaba, hacer lo mismo.

Acabóse la fiesta y con ella esta amorosa batalla; siguiónos don Antonio, y sabiendo nuestra casa, fué vigilante centinela en inquirir quién yo era, mi calidad y estado; fué informado, muy a satisfacción, por una criada mía, la más allegada; trató declararse por un papel que llegó a mi mano por las de mi sirviente, y aunque al principio la reprendí y rehusé, fueron tantas sus persuasiones, que me obligaron a tomarle; mas con el presupuesto de no responder, y abriéndole, vi que decía:

«Quien padece sin declarar su mal, no busca el remedio a su dolencia; yo, hermosísima Anarda, os adoro con tan casto

amor, que sólo se dirige a haceros dueño de mi persona, pues lo sois de mi alma; atrevido juzgaréis mi pensamiento si reparáis en vuestros méritos; pero ellos mismos disculpan mi arrojo, por haber sido el motivo, que quien busca lo mejor no es digno de castigo, sino de premio; éste esperaré yo de vuestra mano, pues ella podrá premiar mi esperanza, si la consigo, para que os merezca esposa quien os venera esclavo.

DON ANTONIO.»

Leí este papel delante de Leonisa, que este es el nombre de mi criada, la cual me exageró las prendas, condición y calidad de este caballero con tantos hipérboles, que pudiera tenerla celos, a no ver la desigualdad que había entre las dos. Hice desprecio del papel, y mandéle no me tratara más de esta materia, si quería estar en mi compañía, a lo cual se disculpó ofreciendo no darme enfado. Acertó a venir a visitarme una amiga, por lo cual, dejando a Leonisa, salí a mi estrado a cumplir con aquella obligación forzosa; llegó doña Juana, que este era el nombre de mi amiga, algo melancólica, y después de haber pasado los corteses cumplimientos, la pregunté la causa de su

tristeza, ofreciéndole, ya que no del todo el alivio, al menos lo que yo pudiese hacer para sublevarle en parte su fatiga; a que respondió agradecida, dándome cuenta de su pasión con algunos sollozos, en las siguientes razones:

—Dos años ha, discreta Anarda, que como sabes, mudó su casa mi padre de la gran Sevilla a esta ciudad, en los cuales no ignoras la amistad que las dos hemos profesado; también tienes noticias, amiga mía, y has visto en mí el recogimiento que siempre he guardado. Pues has de saber que habrá como tres meses vino a sus pretensiones don Antonio de Leiva, vecino tuyo, el cual en Sevilla me miró con las atenciones debidas a las mujeres de mi calidad; éste, pues, ha como algunos días que se ha entibiado en su amor, tanto, que me ha movido a saber por tu medio, si es posible, la causa de que nacen estos desvíos; por lo cual estimaría que Leonisa le llevase un papel de mi parte, para entender el origen de su olvido. Esto es lo que me tiene sin gusto, esto es lo que me aqueja, y esto, en fin, es la inquietud que el alma padece; y pues me ofreciste remedio, ese te pido.

Cual yo quedé, bien lo podéis colegir de quien estaba tan a los principios de su vo-

luntad, y aunque tan arraigada, disimulé mi pena, ofreciendo hacer lo que me pedía; y llamando a Leonisa, hice llevase el papel de doña Juana a don Antonio, que ella llevó muy contenta, imaginando ser mío; mas luego salió de esta duda, como veréis, porque habiéndosele dado y conocido la letra, la despidió desabrido, diciéndola respondiera a doña Juana no estaba para obedecerla por cierta ocupación; y de paso le dijo:

—Advertid a la señora Anarda no se emplee más en estas diligencias, pues no conoce los sujetos que las piden, que no hablan verdad en lo que informan, ni tienen razón de lo que se quejan.

Esta fué la respuesta de don Antonio, y aunque yo, viendo el desaire, pude quedar satisfecha, no obstante, siempre tuve algún recelo, de si me trataba con verdad. Cesó la visita con el día, yéndose doña Juana con la misma tristeza, a mi parecer, del desprecio referido. Pasamos Leonisa y yo lo que de él restaba en ponderar el desaire hecho, y ella de su parte me encareció lo que don Antonio le había dicho a la despedida. Al cabo de algunos días volvió mi amante a insistir en su pretensión, y viendo mi desprecio, me envió unas décimas glosando esta cuartilla,

que se había hecho a una dama de palacio del propio nombre:

Pues es ya mi vida Anarda
y ella no quiere que viva,
yo me muero porque estoy
sin esperanza de vida.

Salamandra mi afición,
porque ve cuánto interesa,
se solicita pavesa
en tan rara perfección;
y alegre mi corazón,
que al mirarla se acobarda,
dice (con ansia gallarda,
que ánimos puede infundir):
No temas, que he de morir,
pues es ya mi vida Anarda.

Amoroso me importuna
a que os adore rendido,
porque siempre al atrevido
favorece la fortuna;
todo mi valor se aúna
para adoraros esquiva;
y con esta llama activa
que me llega a persuadir,
vuelvo, señora, a vivir,
y ella no quiere que viva.

Yo estoy herido con gusto
del arpón de vuestros ojos,
y entre tan dulces enojos,
me parece el rigor justo;
no esperéis que llame injusto
este ceño desde hoy,

que a vuestra presencia voy,
donde podré blasonar,
si otros mueren por no estar,
yo me muero porque estoy.

No espero, no, mejor suerte,
sino que logréis el tiro,
pues que con ansias aspiro
a tener vida en tal muerte;
dulce fin mi amor advierte
en dicha tan conocida,
de mi fe bien merecida,
pues podrá blasón tener,
que por vos se llegó a ver
sin esperanza de vida.

Estas décimas, junto con su retrato, llegaron a mi poder por orden de Leonisa, que me dijo que, aunque perdía mi casa, no había de pasar en silencio las penas que yo le causaba a don Antonio, pues por mis desvíos había estado casi en los umbrales de la muerte. Asegúroos, señor Periandro, que lo sentí, y que me pareció no era razón dejar de aplicar el remedio sabiendo el achaque, y que se originaba por mi desprecio. Obligóme por esto a favorecerle, enviándole una banda verde con puntas de oro, para que con su color cobrara esperanza y sustentara el brazo, por estar sangrado, y las puntas para asegurarle de mi firmeza, juntamente con un papel respondiendo al primero. Aquí

le pidió nuestro caballero lo refiriese, a que con algunos colores lo hizo, que le ocasionaron sus memorias y recato natural, diciendo:

«Arrojo os parecerá, señor don Antonio, el escribir una doncella a un caballero libre; pero no lo juzguéis, sino entended que, movida de la pena que referís, lo haga sólo para que no me notéis cruel, dándoos licencia para que me veáis, con el respeto debido a las mujeres como yo; ahí os envío esa banda para el descanso de vuestro brazo; yo le tendré si tratáis de pedirme a mi tía por esposa; pues no siendo así vuestro intento, dudaré de la verdad que acreditáis por el vuestro. Dios os guarde.

ANARDA.»

Este papel llevó Leonisa muy contenta, por haber alcanzado lo que le pareció imposible de mi condición, y más por las albricias que don Antonio le dió, que fueron algunos doblones, que no es pobre amor favorecido en sujeto deseoso de alcanzar lo que pretende. Hizo extremos de alegría viendo le daba licencia para verme; y concertando con Leonisa la hora, la despidió, previniéndose para el día siguiente de una costosa gala, que lo bien tallado de su persona le daba nuevos realces al adorno. Volvió Leo-

nisa con tanto alborozo, que dudé si acaso era la interesada, y nuevamente me encareció la afabilidad, cortesía y trato de mi nuevo dueño, diciéndome que el día siguiente estaría muy puntual a visitarme; encarguéle el silencio, a que se ofreció con muchas maldiciones, con que le fié mis ansias, que hasta entonces las había tenido ocultas, dándole cuenta de mi amorosa pasión y de lo sucedido cuando le ví entrar en su posada, y juntamente el habernos seguido hasta la iglesia, con lo demás que ya sabéis.

Vino el día y con él la hora señalada en que había de venir don Antonio, que fué tan puntual como ella; y siendo avisada de Leonisa, dejando a mi tía en su oratorio, salí a recibirle, exagerándome su dicha con tan amorosas razones, que engañaran a la más prevenida; díle crédito, quedando entre los dos ajustada la correspondencia con la condición referida, que revalidó con muchos juramentos. Algunos días duró nuestro amor sin zozobras; pero ¡cuándo no suceden a los infelices, y más a quien lo era como yo! Sucedió, pues, que, llegando a noticia de doña Juana nuestra voluntad, trató su venganza de esta suerte:

Vivía frente de mi casa una señora, ya de mucha edad, y con tan gran miseria, que

lo pedía para poderse sustentar, a la cual diversas veces yo había socorrido con tanta liberalidad, que su boca era la que me ponía límites; ésta, pues, tenía entrada a todas horas en mi cuarto; vió en él un día a don Antonio, y habiéndole saludado, le preguntó su estado y calidad, a que le satisfizo dándole noticia muy a su gusto, de que recibió mucho contento Matilde, que este es su nombre, y habiéndole dicho don Antonio su intento, lo aprobó, ponderando cuán acertada era su pretensión por mi hacienda, nobleza y méritos, ofreciéndose sería nuestra estafeta en el ínterin que no se concluía el casamiento, trayendo los papeles que se ofreciesen. Agradecíle este agasajo, y dióle don Antonio algunos reales; despidióse gustosa, llevando estas nuevas a doña Juana, que se las pagó con mucha largueza, valiéndose de esta mujer para vengarse de mí. Encargóle el secreto de su mal deseo, ofreciéndole grandes premios si lo conseguía, alentándola Matilde con el seguro de su favor, con cuya oferta se dispuso a solicitarme todos los disgustos posibles. Con este intento viniendo a visitar a mi tía, le dió noticia de mi amor y cuán adelante estaba la correspondencia entre don Antonio y yo. Hizo mucho sentimiento doña Bárbula, que este

es su nombre, con esta nueva, tratando de saber por más menudo la verdad, siendo de ahí adelante un argos en la custodia de su casa y mi persona, sin darse por entendida hasta averiguar la verdad.

Con estos inconvenientes pasaron algunos días que no pude ver a don Antonio, y enviando a Matilde a saber la causa de su olvido, la dió un papel en quien venía un retrato que había hecho en ecos, harto difícil metro, al asunto de haberle yo despedido por no aumentar los cuidados de mi tía, viendo que si aseguraba sus recelos, había de ser la que padeciese más zozobra. El papel decía:

«No podrán, bellísima Anarda, los azares que suceden en mi amor ser equivalentes a borrar del pecho tu imagen; tanta perpetuidad le aseguran mis cariños y tanto merece el idolatrado dueño de mis potencias; tan fija vives en mi memoria, que el tiempo, que todo lo consume, y el olvido, que todo lo borra, han perdido del todo sus fuerzas para conmigo, que te amo firme y tolero constante.

Don Antonio.»

Este, junto con el retrato, vino a mi poder por Matilde, que regocijada me lo trajo,

diciéndome cuán lastimado quedaba don Antonio por no poderme ver. Aquí le pidió Periandro refiriese el retrato, si se acordaba, a que Anarda satisfizo, diciendo:

—Si mal no me acuerdo, era éste:

RETRATO DE ANARDA EN ECOS

Tu beldad que me despide
pide a mi amor que se aniña,
niña, que te haga un retrato,
trato mi afición codicia.

Principio por tu cabello,
bello prodigio que aviva,
viva esta fe que renace,
nace de sólo su vista.

A tu frente mariposa
osa mirarla atrevida.
Vida que se pierde en ella,
ella se gana a sí misma.

Tus cejas que en dos arpones
pones, con que amor esgrima,
grima publican y enojos,
ojos por saetas vibran.

De azabache negras flechas
hechas, y aunque se retiran,
tiran el alma tras sí,
sí que son de imán tus niñas.

La nariz que te conviene
viene porque amor lo afirma,
firma bien proporcionada,
nada grande, nada chica.

Porque ella al Abril socorre,
corre, y en su rostro admira,
mira entre bellos desmayos,
mayos hechas tus mejillas.

La grana en labios provoca
boca breve que fulmina,
mina de Tiro y Sidón,
don que tributan las Indias.

Su cuello atlante divino
vino a ser, pues su porfía
fía que sustente un cielo,
hielo que su aliento anima.

En su talle que se ajusta,
justa la razón lasciva,
iba á decir que el donaire
aire en su garbo publica.

Tan ajustado prepara,
para, mueve y solicita,
cita a todo humano pecho,
hecho a sentir sus heridas.

Tus bellas manos, zagala,
gala que el abril mendiga,
diga que la dan prestado
estado a su bizarría.

El vestido que descubre
cubre para mis desdichas
dichas que lograr espero;
pero no llega su día.

A tus pies llegué postrado,
hado feliz me seguía,
guía que supo en un punto
punto poner en dos cifras.

Retrato bello de Anarda,
arda esta llama que avivas,
vivas cual fénix, ingrata,
grata mi amor te consiga.

Exageró Periandro lo bien escrito, que no fué poco para quien estaba enamorado alabar en presencia del objeto amado otro sujeto; pero no quiso lucir ponderando faltas ajenas, que es de muy ruines pechos acreditarse con pérdida del favorecido; tienen los tales la propiedad del camello, que al tiempo de beber entuibia con sus pies las aguas, no sé si es para no verse, o porque le parece que les da mayor claridad: ¡oh condición brutesca de muchos que entienden que ellos solos son los entendidos, siendo la misma ignorancia!

—Viéndome, pues, alabada y cortejada de este caballero, como tengo dicho, determiné resolverme, a pesar de mi tía, a darle entıada en mi casa por una puerta falsa que de un jardín salía a otra calle más retirada del concurso y trato; y avisándole con Matilde para la siguiente noche, habiéndole dado la llave para que se la entregara, la despedí diciéndole que yo le esperaría entre dos sauces junto a su fuente con Leonisa, que estaría avisada de todo.

Vino la hora, y dejando retirada a mi tía, me bajé al jardín a esperar a don Antonio, el cual vino, y siendo avisada de Leonisa, sintiendo abrir la puerta, le salí a recibir con los brazos, y él con los suyos me correspondió con muy amorosas razones exagerándome su dicha, y pidiéndome con ruegos premiara sus deseos, volviendo a revalidar la palabra que me había dado de ser mi esposo, haciendo testigos a los cielos y a Leonisa, de su cumplimiento, con que le dí entera posesión de mi honor. No tuvimos tan cumplida esta dicha que no sucediese que dándole un dolor de ijada a mi tía, achaque que padecía de ordinario, no despertase, y llamándome, conociendo mi falta, se levantó, y saliendo a una vistosa galería cuyas ventanas salían al jardín, viese, por estar Cintia en su plenilunio, nuestras personas, y dando muchas voces llamase a los vecinos a su socorro: quien se ofreció más apriesa fué Matilde, que, como tengo dicho, vivía frontero, por lo cual fué de las primeras que acudieron a las voces de doña Bárbula. No se tardó mucho doña Juana con sus padres, por vivir muy cerca, llenándose en breve la casa, siendo fuerza a toda priesa el ausentarnos don Antonio y yo por la misma puerta del jardín, sin más preven-

ción que la que nos dió lugar en suceso tan impensado de todos.

Llevóme a una casa de una deuda suya, y sin decirle quién yo era, prevenidos dos caballos salimos de Segovia antes del amanecer, siguiendo inusitados caminos, para no ser hallados si acaso nos siguiesen; llegamos a una población, distante de la ya dicha ciudad cinco leguas, y en ésta, previniendo lo necesario para nuestra jornada, estuvimos dos días, en los cuales pedí a don Antonio hiciera nos desposase el cura, el cual me dió por disculpa que era fuerza verme alguno de mi patria, que por ser tiempo de feria acudían muchos mercaderes a este lugar a hacer sus empleos, remitiendo esta diligencia, bien deseada de mí, para Sevilla, adonde dijo era nuestro viaje. Salimos, pues, de este pueblo un martes, que para mí lo fué, ya puesto el sol, y habiendo andado a mi parecer dos o tres leguas, llegamos al bosque donde me hallasteis, cuando el cielo comenzó a fulminar gran copia de truenos y cantidad de relámpagos, que nos obligó a retirarnos entre lo oculto de unas coposas matas, para guarecernos de tan repentino accidente.

Bien habría más de una hora que allí estábamos, cuando llegándose a mí don Anto-

nio, sacando la daga, me dió sin poderme defender las heridas que visteis, y tengo por sin duda me acabara, si a este tiempo no sintiera ruido de unos harrieros que pasaban; con lo cual subiendo en su caballo y cogiendo del diestro el que para mí había comprado en Segovia, se partió a toda priesa, dejándome desmayada, hasta que a largo espacio volví, y no hallándolo, y viendo que me iba desangrando, di voces sin provecho; pero el cielo os trajo, y sintiendo los relinchos de vuestro caballo, os llamé, hallando en vos el amparo que en el ínterin que el cielo me diere vida confesaré, para agradecerlo con las obras, que tan desdichada mujer puede a quien debe la vida que goza.

Aquí llegaba la discreta Anarda, cuando vieron bajar de la cumbre de un monte dos gallardos mancebos, en dos famosos andaluces brutos; los cuales, así que fueron vistos de Anarda, fueron conocidos, el uno por doña Juana y el otro por Leonisa. Admirada de verdad quedó la dama de verlas en aquel traje; pero disimulando al tiempo que emparejaron con ellos, cubierto el rostro de Anarda, les preguntó Periandro adónde caminaban, respondiéndole que a Sevilla, de donde eran naturales, y que venían de Segovia; aquí les preguntó lo que había de

nuevo, ofreciéndoles su compañía junto con la de la dama, hasta la misma ciudad; respondióle doña Juana, agradecida a su oferta, diciendo:

—Lo que en Segovia hay de nuevo, señor, es que ha faltado una dama muy principal y rica de la casa de una tía suya, yéndose con cierto caballero sevillano, que dicen la sacó una noche por la puerta de un jardín, por cuya falta, la tía de esta señora ha muerto de sentimiento, nombrándola heredera universal, con tal que se case con el sevillano; también se decía que de allí a dos noches faltó una doña Juana de Silva, que era grande amiga de esta dama, junto con una criada llamada Leonisa; no hemos sabido yo y este criado otra cosa, por partirmos muy apriesa a nuestra patria.

Disimuló cuanto pudo Anarda su sentimiento, y llegaron a un lugar, una jornada de Sevilla, donde descansaron, ofreciendo Periandro no desamparar a Anarda, hasta dejarla casada o vengada, dándole cuenta ella de quién eran los pasajeros y ofreciendo este caballero el disimulo hasta su tiempo. Aquí le preguntó la dama quién era a Periandro, que aunque sabía su nombre, ignoraba su calidad y estado y la causa que le obligaba a dejar su patria, pues el traje

lo publicaba extranjero, aunque el valor lo acreditaba propio; el cual, por pagarle la que le había dado, estando ambos solos satisfizo de esta suerte:

—Roma, cabeza de la militante Iglesia, digna corte del Supremo vice-Dios, es mi patria; célebre en grandeza, magnífica en suntuosos templos, madre y refugio de peregrinos, centro de la nobleza y epílogo universal de la hermosura; mi calidad, la que un tiempo se vió en la cumbre de la felicidad, alcázar de la dicha y en el sagrado monte de la mayor grandeza; esto es deciros tuve ascendientes que ocuparon la excelsa silla de Pedro, sin segundo y primado apóstol. Dejo de referiros mi educación, pues no se puede poner duda seria en todo correspondiente a mi naturaleza; pasando a lo más importante para no cansaros con mi narración, rico en bienes de fortuna, traté de los acostumbrados divertimientos que los de mi edad cursaban, como son damas, hacer mal a caballos y acudir a las casas de juego, si bien esto último fué lo que menos arrastró mi natural, inclinándome más a los dos primeros vicios en que la ociosa juventud se ejercita; por lo cual, habiendo llegado a los cuatro lustros de mi edad, me cautivó la voluntad una principal señora y de la más

conocida nobleza que se hallaba en mi patria; a ésta, cuyo nombre es madama Victoria, de la esclarecida casa Farnesia, vi, quedando tan pagado de su hermosura como cautivo de su discreción: fuí bien admitido a los principios, si bien fueron presagio de desastrados fines. Había otro caballero alemán y de los de mayor calidad en aquel reino, cuyo nombre era Oracio Picolomi, mi igual en sangre, aunque no en riqueza, pero en las partes personales muy aventajado; éste puso los ojos en el blanco de mi deseo, imán de mi voluntad y centro de mi amor, por lo cual llegué a sentir el severo rigor de los bastardos hijos del vendado cipriota; era mi competidor dichoso, con que os digo que fué bien admitido. Cursábamos la calle de mi esquivo dueño, procurando cada uno aventajarnos en el lucimiento, haciéndole yo conocidas ventajas por hallarme con más posibilidad. Acaeció, pues, que hallándonos un día en la plaza del Embajador de Francia, mi competidor quiso oponérseme en cierta disputa, y aunque yo a los principios procuré obviar este lance, anduvo tan poco atento, que me obligó a desmentirle, de que resultó el salir a campaña, donde nos acometimos tan valerosamente, que pudiéramos poner envidia al guerrero Marte; pero como

estaba de mi parte la razón, tuve tanta dicha, que lo dejé mortalmente herido; y viendo el riesgo que corría mi persona si me detenía, acudiendo a mi posada, tomé el dinero y las joyas que pude hallar, partiéndome a toda priesa para España, dejando un papel escrito para mi dama, en donde le daba cuenta de este suceso. Llegué al cabo de algunos meses a la corte, en quien fuí agasajado de algunos príncipes de mi nación, y en particular del nuncio apostólico, por ser cercano deudo mío; solicitó este príncipe mi perdón del prudente monarca Felipe, pero no se pudo conseguir por ser la parte poderosa. En medio de estos ahogos supe cómo un deudo de mi enemigo había llegado de secreto a Madrid con intento de darme la muerte; esta nueva me dió un criado que se vino conmigo, el cual queda en la corte para informarme de los designios de mi contrario, y mi deudo solicitando nuestras amistades y el perdón. Yo, viendo mi riesgo, me determiné poner tierra en medio, y con ese caballo hice de noche mi ausencia hasta que llegué a Segovia, donde descansé dos días, en las cuales tuve aviso por mi criado cómo otro de mi contrario me seguía; por lo cual a toda priesa dejé la ciudad, siguiendo inusitadas sendas hasta que perdí

el camino, llegando al monte donde pude serviros, dando gracias al cielo de haber sido tan dichoso.

Mucho gusto recibió la bella Anarda con la relación que Periandro la hizo de sus sucesos, dándole las gracias de haberla hecho depósito de su secreto. Pasaron aquel día en este pueblo, y puesto el sol, trataron proseguir su viaje: vió doña Juana a Anarda sin rebozo, y quiso conocerla; pero no descubrió su pecho, por hallarla algo demudada con la señal de la herida y en poder de Periandro, hombre que ella jamás había visto; lo mismo le sucedió a Leonisa, que aunque muchas veces quiso llamarla, lo excusó, imaginando no era posible fuese Anarda la que veía. Así pasaron sin declarar sus persuasiones hasta que llegaron a Sevilla, madre de tantos naufragios, y archivo de tantas flotas.

En ésta, pues, hicieron su asiento, y tomando Periandro posada competente, se acomodaron, despidiéndose de doña Juana y Leonisa por decirles ir en casa de un deudo suyo que les tenía prevenida posada en las de un perulero, hombre rico y de los de mayor crédito en aquella ciudad; quedando en que el tiempo que estuviesen en Sevilla se visitarían y asistirían en lo que se les

ofreciese, sospechando Anarda si doña Juana venía en busca de su fugitivo amante. Cuidó Periandro con toda diligencia buscar a don Antonio en aquel laberinto de forasteros, sirviéndole de hilo para salir con su intento la introducción que tuvo, así con naturales como con extranjeros, con su natural bizarro y cortés agasajo. Hallólo en uno de sus muchos garitos ocupado en sus ejercicios, vicios que había de privar con toda severidad la república, como fuentes de los que ocasionan, que son deshonor y pobreza al que los cursa; que habiéndole avisado lo había menester en el arenal, puesto acomodado para su propósito, se levantó don Antonio, diciendo a los tahures le traían una partida, y que el que se la había de dar se iba, causa de no poder proseguir, pero que volvería en breve con ella y proseguiría con mucho gusto, a que los camaradas le dijeron acudiese, y de paso uno le acordó la galantería que usaba en esperarle lo que le debía para conseguir la paga. Con esto salieron los dos al puesto dicho, y Periandro rompió el silencio con estas razones:

—Por saber no podéis negar lo que os preguntaré, os he sacado a este puesto.—Y mostrándole los papeles que Anarda le dió que don Antonio había escrito, le dijo:

—¿Conocéis esta letra? ¿Sabéis las obligaciones que a esa dama debéis? Responded.

A que don Antonio turbado dijo no conocerla, ni menos la dama que le decía.

Volvió Periandro a decirle:

—¿No conocéis a la señora Anarda, que, creyendo vuestros fingidos halagos, os dió posesión de su persona, de vos tan agradecida, que la heristeis de muerte en lo oculto de un monte, y la dejasteis burlada procediendo contra las obligaciones de caballero, que decís que sois, y yo dudo viendo las acciones tan contrarias que decís?

Aquí respondió don Antonio no debía tal, y que le satisfaría con la espada, a que Periandro satisfizo con la misma, dándole dos estocadas, de que cayó, pidiendo a voces confesión a tiempo que venían dos religiosos forasteros de la orden del humano Serafín, los cuales llegaron, con cuya venida se ausentó Periandro; y sin decirle la causa, previno para mudarse a Triana, dando por excusa que no le contentaba aquella posada. Dejemos ocupados a estos caballeros, y volvamos a nuestro herido don Antonio, el cual, viendo que por instantes fallecía su espíritu, le reveló al religioso todo lo que queda dicho, y le dió la mano para que en su nombre se la diera a Anarda, si es que

el cielo le daba noticia de su persona, ofreciendo el alma a su Criador en los brazos de aquel padre espiritual, el cual llegó a Sevilla, y dando cuenta al asistente, se enterró al malogrado don Antonio, haciendo diligencias para hallar el agresor; mas no fué posible por haberse mudado, como dijimos, a Triana.

No se descuidó fray Alvaro Cruillas, que este era su nombre, en buscar a Anarda; e informándose de su casa secretamente y de cómo se había mudado a Triana, la fué a visitar, hallándola en compañía de Periandro, que luego conoció el religioso, pero disimulando, vió cómo después de haberlos saludado, le dijo a Anarda:

—Todos los que ofenden al cielo tienen seguro el castigo, y particularmente aquellos que a las doncellas virtuosas y modestas inquietan; de esto os pudiera decir muchos ejemplos para su crédito; pero ¿qué mayor que el presente, pues a no venir yo a la sazón, pudiera ser padeciera el alma de vuestro difunto esposo eternas penas? Pero Dios, padre benigno, me trajo a tan buen tiempo, que satisfizo como pudo vuestro honor; para cuyo cumplimiento, señora, yo en su nombre os revalido la palabra que os dió, y juntamente os doy el pésame de su muerte.

Aquí comenzó a hacer grandes sentimientos Anarda, muestras de su amor, a que acudió el religioso con entrañables remedios para moderar su pena; en esto estaban cuando se vieron salteados de un tropel de ministros de justicia, que asiendo de Periandro, le llevaron en un coche preso a Sevilla, y a Anarda a casa del asistente, por ser ésta la orden que traían, ofreciendo el religioso hablarle e informarle de todo.

Ya a esta sazón, doña Juana y Leonisa habían mudado de traje; y habiendo ido a buscar a sus camaradas, no hallándolos, fueron informadas cómo se habían mudado a Triana; y supieron estar Periandro preso; y Anarda en casa del asistente por la muerte de don Antonio. Hizo muchos sentimientos doña Juana así que le dieron tal nueva; muchos más hizo Leonisa, por no haber conocido a su señora, volviéndose a Sevilla a ver en qué paraban estas cosas.

No se descuidó el religioso de su oferta, pues habiendo vuelto a Sevilla, se fué al asistente, y le dió cuenta de lo que don Antonio le había dicho, y le suplicó fuera servido de librar a Periandro. Estando en esta súplica, fué avisado el asistente cómo dos damas embozadas pedían licencia para hablarle, a que respondió luego se les daría;

despidiendo al religioso, ofreciéndole haría todo lo posible por servirle. Salió a una antesala, y dando silla a la embozada, oyó que decía:

—Mi nombre es doña Juana de Silva; mi patria esta gran ciudad; bien conocidos en ella mis padres por su riqueza y calidad notoria. Mudaron su casa a Segovia por ciertas disensiones que tuvieron con los Almagros, veinticuatros muy antiguos, llevándome consigo, bien contra mi gusto, por quedar en ella don Antonio de Leiva, caballero en quien yo había puesto mis pensamientos. Poco más de dos meses había que en Segovia estábamos, cuando este caballero nos vino siguiendo, en donde proseguimos nuestros amores, con la palabra que me dió de ser mi esposa. Así pasé algunos días, en los cuales se entibió su amor, de suerte que me motivó a sospechar si tenía nuevo empleo; valíme de una dama vecina mía, y a ésta, declarándole mi pasión, le pedí se sirviera de que en mi nombre le llevara un papel una criada suya, que es la que viene conmigo, a que respondió con mucho despego, por tener empleada su voluntad en esta dama vecina mía, cuyo nombre es Anarda.

Aquí refirió doña Juana todo lo que queda dicho, hasta el hallarla con Periandro de-

mudada por la señal del rostro, y prosiguió:

—He sabido, pues, señor, cómo el caballero que le acompañaba lo ha muerto por lo que a Anarda debía; y pues ha sido tan justo el castigo, me ha parecido informar a vuestra señoría para que como juez piadoso, ponga en libertad a este caballero, junto con Anarda, pues tan inocente padece.

Aquí llegaba doña Juana con su relación y súplica, cuando, levantándose el asistente, mandó llamar a un escribano para que tomase por testimonio lo que doña Juana decía, y habiéndose hecho, la despidió ofreciéndola hacer con mucha brevedad lo que le pedía. Suplicóle doña Juana al asistente le diera licencia de ver a Anarda, y él se la dió, avisando a su mujer para que la recibiera como a dama de su calidad; y siendo avisada que podría entrar, se despidió del asistente, que no la quiso dejar hasta ponerla en el estrado de doña Melchora de Guzmán, que este era el nombre de aquella señora, la cual salió a recibirla con Anarda, hasta la puerta de la pieza, cortejo debido a señoras de su calidad.

Pasaron grandes pláticas Anarda y doña Juana, en las cuales le dijo cómo de allí a dos noches de su fuga con el malogrado don Antonio se había salido secretamente con

Leonisa, que desde su falta había estado en su compañía; y valiéndose de Matilde, ella les había buscado los vestidos y comprado los caballos, habiendo empeñado una rica cadena que doña Juana le había dado, y que no pudiendo sufrir su ausencia Leonisa, y ella la de su Vireno, habían seguido el camino de Sevilla, habiendo primero escrito a un deudo suyo para que las tuviera prevenida posada; el cual le había reprendido su arrojo, pero que se había ofrecido disculparla con su padre para volverla en su gracia.

Mucho se holgó doña Melchora de conocer a doña Juana, por ser muy cercana deuda suya; envió un recado a su deudo diciéndole cómo quedaba en su compañía hasta volver a Segovia, de que don Gaspar, que así se llamaba, recibió mucho contento, ofreciendo iría a cumplir con su obligación.

Pasaron las damas muy contentas, y Anarda contó lo que queda dicho que le sucedió con don Antonio en el monte, hasta el haber sido socorrida de Periandro, su agasajo y cortés proceder; y queriendo doña Melchora que aquella tarde fueran en la carroza a divertirse en su compañía, entró un criado del asistente, diciendo a Anarda que su señor la esperaba para dar sentencia en su

negocio; alborozada salió, y llegando a su presencia, vió a Periandro junto con fray Alvaro Cruillas y dos caballeros forasteros con la insignia de Alcántara a los pechos, las cuales pidieron al asistente declarara, y él dijo:

—Por haber sabido quién es la persona del señor Periandro Colona—esto dijo quitándose el sombrero, y prosiguió—el cual se ausentó de su patria por haber dado la muerte a don Oracio Picolomi, caballero de igual sangre y naturaleza, en desafío con armas iguales, por la cual muerte el Rey, mi señor, lo ha perdonado, como consta por su real consejo, de que estos caballeros—esto dijo señalando a los del hábito—me han hecho relación; y habiendo visto que con iguales armas dió la muerte en esta ciudad a don Antonio Leiva, por ocasión de la señora Anarda de Bustos; con consejo, y usando de la potestad que el Rey mi señor me ha dado, en su nombre declaro y doy por libre al dicho Periandro Colona, junto con Enarda de Bustos, para que hagan lo que les pareciere.

Y aquí, mudando la severidad de juez en palabras de amistad, les dijo que su parecer era que Periandro diese la mano a Anarda, la cual con algunas lágrimas se resistió por

haber perdido a don Antonio; tanto era el amor que a este caballero tuvo; pero viendo que se lo suplicaba de rodillas Periandro y aquellos caballeros, junto con el asistente, la dió; en cuyos desposorios se halló doña Melchora y doña Juana, que también se desposó con don Gaspar, habiendo primero precedido la dispensación de Su Santidad, volviendo todos cuatro a Segovia, casando Anarda a Leonisa conforme a su estado, y doña Juana socorriendo a Matilde todo lo que duraron sus días con mucha largueza, gozándose sus padres por ver a su hija tan a su gusto acomodada; tomando posesión Anarda de su herencia por haber probado el cumplimiento de la palabra que don Antonio le dió con fray Alvaro Cruillas, varón ilustre en letras y santidad, haciéndose en Segovia grandes saraos, donde concurrió toda la nobleza a cortejar a tan grandes caballeros.

FIN



INDICE

C.ia IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES, S. A.

Delegaciones en todos los países Ibero-Americanos

Anuarios - Guías - Prensa - Librería - Ediciones

★

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

PRESIDENTE:

Excmo. Sr. D. Ignacio Bauer y Landauer, Presidente del Colegio de Doctores de Madrid y Banquero.

VICEPRESIDENTES:

Excmo. Sr. D. José Francos Rodríguez, de la R. A. Española y Ex ministro.

Excmo. Sr. D. Antonio Goicoechea, de la R. A. de Ciencias Morales y Políticas y Ex ministro.

Excmo. Sr. D. Alberto Bandelac de Pariente, C. de la R. A. de Medicina.

CONSEJERO DELEGADO Y DIRECTOR GERENTE:

Sr. D. Manuel L. Ortega, Académico C. de la Real de la Historia.

CONSEJEROS:

Excmo. Sr. D. Rafael Altamira, Catedrático de la Universidad de Madrid y Juez del Tribunal Permanente de Justicia Internacional de La Haya.

Ilmo. Sr. D. Francisco Carrillo Guerrero, Inspector Jefe de Primera Enseñanza de Madrid.

Sr. D. Isaac Toledano, Banquero.

Sr. D. Angel Arpón de Mendivil, Ingeniero.

Sr. D. José Arango, Ingeniero.

Sr. D. M. J. Coriat, Propietario.

Sr. D. Pedro Sáinz Rodríguez, Catedrático de la Universidad de Madrid.

ALGUNAS EDICIONES DE LA

C. I. A. P.

Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Hispano-América.

DIRECTOR: EXCMO. SR. D. RAFAEL ALTAMIRA
Catedrático de la Universidad de Madrid.

Se publican seis tomos, anualmente, de más de cuatrocientas páginas. Es la obra más importante que se ha hecho sobre la América española.

Suscripción anual.......... 120 pesetas
Por tomos................ 25 pesetas

Las fuentes narrativas Hispano-Americanas.

DIRECTOR: D. PEDRO SAINZ RODRIGUEZ
Catedrático de la Universidad Central.

Publicamos en esta colección los libros que su título indica, muchos de ellos rarísimos. Van avalorados los volúmenes con prólogos del ilustre Académico y Profesor, Excmo. Sr. D. Antonio Ballesteros Beretta.

Monografías Hispano-Americanas.

DIRECTOR: EXCMO. SR. D. RAFAEL ALTAMIRA
Catedrático de la Universidad Central.

Los más insignes pensadores hispano-americanos se ocupan en estas monografías de los problemas del mundo de habla española.

Los Clásicos Olvidados.

(Nueva Biblioteca de Autores Españoles)

DIRECTOR: D. PEDRO SAINZ RODRIGUEZ
Catedrático de la Universidad de Madrid.

Da a conocer esta colección, importantísima para la literatura española, una serie de obras clásicas ignoradas.

Precio del tomo............ 7 pesetas
Por suscripción............ 6 pesetas

Bibliotecas Populares Cervantes.

DIRECTOR: ILMO. SR. DR. FRANCISCO CARRILLO GUERRERO
Inspector Jefe de Primera Enseñanza de Madrid.

Las cien mejores obras de la Literatura Española. Las cien mejores obras de la Literatura Universal. Las cien obras educadoras.

Tomos de más de doscientas páginas, elegantemente presentados, con ilustraciones.

Antología de los Poetas Hispano-Americanos.

DIRECTOR: D. EDUARDO DE ORY

Dedicamos un tomo de más de trescientas páginas a los mejores poetas de cada país americano.

Precio .... 5 pesetas

Antología de prosistas Hispano-Americanos.

DIRECTOR: D. JOSE MARIA CHACON
Diplomático.

Por esta colección desfilan los más ilustres escritores hispanoamericanos.

Precio .... 5 pesetas

Biblioteca Hispano-Marroquí.

DIRECTOR: D. MANUEL L. ORTEGA

Constituye esta biblioteca una colección de obras dedicadas a dar a conocer Marruecos en todos sus aspectos. Pidan catálogo.

SECCION DE TURISMO

Anuario Guía Oficial de Marruecos y del Africa Española.

DIRECTOR: D. MANUEL L. ORTEGA
DIRECTOR DE LA SECCION COLONIAL: D. JUAN BRAVO CARBONELL

Precio del ejemplar .... 12 pesetas





C. I. A. P.

Precio: 2,50


20330701 0073